

LOS RIOS DE TINTA

DIONISIO A. VERA



EDICIONES TAURO

LOS RIOS DE TINTA



TAURO

Colección "EL BALDIO"
CANILLITA

EDICIONES TAURO S. R. L.
Misiones 1290 — Teléf. 98 68 59
MONTEVIDEO - URUGUAY - 1968
Copyright by Dionisio A. Vera
Carátula de HORACIO AÑON

Queda hecho el depósito que marca la ley.

DIONISIO A. VERA (DAVY)

LOS RIOS DE TINTA

Para la Señora Josefita B.
de Jorral en quien Dios es una
para unanimidad de afectos
Comunes. Y así que a Josefita,
a la cariñosa abuela de
Juliana como siempre
donde que nos fue, siempre
camuflado en la sangre. Y
que su lectura es la respuesta,
en el cariño es el amor
remando de don Keyuado.

afte.

Davy

EDICIONES TAURO

PROLOGO

“¡Nacé!... ¡nacé!..., le aullaban desde la Tierra al protagonista de “El Organito” de Armando y Enrique Santos Discépolo. Y el tipo, borroso fantasma aún de un hombre por ser, asomaba la cabeza desde el vientre materno, lo relojeaba al mundo con unos ojos de desesperado, y volvía a esconderse en su cuevita.

Este libro es como ese personaje. Durante tres años, estuve firme y de pie ante su autor, vociferándole: “¡Nacé!..., ¡nacé!...” Y el libro me vichaba desde las hombros de Vera, desde los ojos de Vera con un temblor de poeta pobre, con un erizamiento de perro en bote y con la cola entre las páginas. Después, con una guiñada de canillita de las tres de la mañana, tornaba a guarecerse en ese barrio ultramundano y misterioso de las cosas que todavía no son. Pero que —fatalmente— tienen que ser. Me en-

casqueté un gorro de cascabeles: ¡y nada! Salté en torno de su autor con una enorme corneta: ¡nada! El libro no quería saber ni esto con esa cuestión de nacer. Porque la modestia de Vera es inmune al cascabelazo y a la clarinada. Y, desde luego, porque la Y de DAVY está ahí donde está por los Yparraquirre...

Así iban las cosas. Uno, convertido, ya, en cierta mezcla rara de arlequín y de partera. Y el libro, vasco también, asomándose de cuando en cuando, pero sin querer pasar por la vieja aduana del alumbramiento. En la obligada pausa impuesta por cada dilatoria, volvía en tanto, a rumiar aquella ocurrencia del viejo García Velloso: "Los periodistas —decía— somos como las camisas; nos hacemos ¡a fuerza de planchas!" La cosa es así: por más vueltas que se le de, para el hombre de diario no hay otra escuela que esa de darse diez, cien veces en el dedo que más duele y volver a golpear otras tantas veces hasta enderezar el martillazo en el clavo. Porque, hablando en plata: ¿Qué docencia es capaz de enseñar lo que es una buena pelea con el regente del taller y una copa, después de la pelea, con ese mismo regente? ¿O la formación que da un final de crónica por toda la compañía, con el cierre encima, con el teléfono sonando al lado como si fuera la última vez, con la cita de la máquina a punto de arpillera y uno pegándole a la tecla que no es? ¿O la profesión que sólo se alcanza después que te tocó tener que despanzurrar con alevosía media docena de carillas heroicamente anotadas en la calle, para convertirlas en un recuadrito miserable y glorioso en el que ha de estar todo?

Para ese saber, no se ha inventado —no se inventará ya— otra aula más entrañable que ésta que empieza en la vibración informadora y angustiosa de la

calle y termina entre los fierritos milagrosos de la linotipo. Y no existe otra teoría mejor que el ejercicio de esas felices desesperaciones ni texto más fecundo que la nota del periodista mayor. Ese que ya se bebió todas las copas del mundo con el regente y tiene en el olvido una constelación de recuadritos nacidos del asesinato despiadado de todas "las notas de su vida".

Hace mucho que las notas de Vera vienen enseñando con sensación de arquetipo, esa humilde maestría del periodismo más genuino.

De ahí, la obstinación, igualmente vasca, de este cronista nonato que trató, primero, de asimilar su enseñanza. Que entrevió, después, la clase perdurable de un libro amasado con esas notas. Y que, por último, desde las asombradas latitudes del zócalo, se puso a gritar: "¡Nacé!... ¡nacé!..."

El hombre de la calle, hace cuarenta años que lo lee, que lo entiende y que lo quiere. Cada mañana, ese hombre ha buscado en las planas fraternas de EL PAÍS el puñado de párrafos de Vera para abrirlo igual que se troza el pan todavía tibio del horno. Para saborear, ya la corteza doradita y crocante de la humorada, ya la miga ternísima de esa media docena de palabras sentidas y escritas con la precisa que, entre punto y punto, se te meten en el corazón con pelota y todo.

Para el hombre de la calle —destinatario natural del diario y, por consiguiente, de este libro— lo que voy a decir va a resultar como la invención del paraguas. Para el hombre que no está en la calle ni la sabe —que no merece este libro, pero que puede llegar a necesitarlo mucho— ojalá que esto que voy a decir cobre sabor de bofetada cordial: Dionisio Alejandro Vera está entre los más altos valores que ha dado el periodismo del Río de la Plata. Me juego a

la punta de sus dedos, tiznada con plomo candente. A su talento creador de un estilo periodístico, hecho de personalidad para olfatear el notón del día donde otro no ve sino un comunicado intrascendente; hecho de personalidad para transmitirlo y de personalidad, también inconfundible, para darlo en esa arquitectura gráfica de la página de diario, donde la imaginación, el ingenio y la rapidez pelean finales de bandera verde con el buen gusto y con el coraje y con el insustituible conocimiento del infinito rompecabezas de la tipografía. Me juego a su inventiva, capaz de dialogar con una piedra y de salir indemne de esa aventura sin haber hecho ni geología ni taumaturgia, sino periodismo. Puro periodismo, en esas notas suyas que no son ni telegrama ni poema, pero que tienen la concisión y la accesibilidad de aquél y la belleza y la hondura de éste. Y me juego a su soledad de genuino hombre de diario, dotado para agarrarse a piñas con la madrugada y en seguida abarajar las teclas de la máquina como si fueran todas del palo de corazones; para recibir esa última noticia, cabrera, insoslayable y a deshora, bajarla con el pecho, suavcito, para colocarla de un solo zapatazo infalible en un ángulo del ejemplar ya impreso. Y de irse, después, también solo, con el diario abajo del brazo, silbando un tango y sin gritar el gol.

“¡Nacé!... ¡nacé!...” Pero, ¿cómo no iba a llamarlo así a un libro que tanto en la letra estampada como en la magia subterránea de lo que no está escrito y se palpita, iba a encerrar todo eso —y más— entre tapa y contratapa?

Y un día, curtido a gritos, el libro empezó a nacer. Fue en una churrasquería de nuestro barrio —Punta Carretas—, con una buena carne y buen tinto sobre la mesa, a la que se había sentado también Enrique Estrázulas, hinchado igualmente convencido de la idea

y portador, en ese caso, de la inquietud editorial de TAURO. Allí sacó Vera —¡por fin! su puñado de recortes, Eran las notas del periodista de invariable alcurnia criolla que dió la vuelta al mundo con un dulce puñado de la tierra de su Paso de los Toros natal entre los dientes, y con su cachito de Tribuna Olimpica sobre los hombros, como si fuera un poncho.

De cada recorte de aquella íntima zafra de crónicas escritas a lo largo de veinte años —y que aparentemente se habían muerto con su correspondiente ejemplar de diario— vimos florecer, vivito y coleando, un coágulo de tinta, aún palpitante, que sobrevivía, por sí mismo, al hecho relatado: desde la macumba carioca hasta los misterios del Soho. Desde las rubias leonas que cubren el congelado cielo del Báltico con la promisoría miniatura de sus bikinis calientes, hasta la sonrosada ternura de una muca-mita de la Europa central que tuvo una vez un ademán de Margarita Gauthier.

A los postres, la selección quedó pronta. Durante la sobremesa, el volumen concluyó su gestación al organizarse las notas conforme a un itinerario de buen viajero.

Al salir del restorán, el libro, pronto, se sentó delante de su autor. Y le dió la pata.

HORACIO FERRER



DAVY
por
GUT

MACUMBA

Río

Ascendiendo por la favella en una noche cálida y llena de estrellas, seguimos el tortuoso camino de barro bordeado de bananeros. Trepando siempre, nos habíamos metido en un mundo extraño. Allá abajo estaban las luces de Río. Una constelación de focos de rara intensidad serpenteando entre los cerros o morros. Y desde la cima, la plaza París y Botafogo se nos presentaban como una visión mágica tal vez tocada por la mano de Dios.

Eramos invitados esta noche a una macumba, el conocido rito que reina en las favellas y en otros lugares de Río. Nadie podía entrar allí pero una atención especial hacia el cronista que se hallaba en misión periodística en la ciudad, hizo posible que se abrieran para él las misteriosas puertas. Una casucha de tablas, un patio muy pobre, apenas la luz de los faroles pero un espectáculo imponente, increíble, casi extraterreno.

Ya había empezado la reunión, y una negra fumando en pito comandaba la extraña y silenciosa fiesta. A su alrededor mujeres jóvenes vestidas con túnicas blancas y puntillas. La escudilla de "cachacha" (caña), pasaba de mano en mano y no hay duda que mucha gente ya estaba alcoholizada. Habían llegado entonces los que deseaban que se les sacara el "mal". O la novia que quería que regresara su novio. O el enfermo con la urgencia de una cura milagrosa. La mujer que comandaba el acto, liturgia bárbara, brujería, magia o lo que se quiera, hacía pases magnéticos sobre los posesos. Ahora era un hombre flaco y alto quien estaba a disposición de la negra. Salía del coro un extraño rezo monocorde, dicho en voz baja y profunda que resbalaba sobre la tierra dura, se enroscaba en los bananeros y bajaba por la favella llevando tal vez hacia otros lugares la cadencia del rito sagrado. El silencio imponente, la suave danza de las mujeres blancas y ante todo las incomprensibles palabras de la santona estaban haciendo su efecto. El hombre flaco, descalzo, ya se sostenía solo en la punta de los dedos de los pies y bailoteaba lentamente. Había entrado en trance. La espuma blanca se le veía babeándose, salirle de la boca contraída. A medida que la santona lo tocaba y seguía con sus pases misteriosos en torno a su cabeza, el hombre parecía conmoverse todo y temblaba ya, apurando su especie de danza siempre apoyado en la punta de los dedos sobre la dura tierra. Después tuvo varios espasmos y cayó rígido, como dormido. Como muerto.

Cesaron los cantos, la negra santona calló su oración misteriosa, volvió a correr la escudilla de caña, de boca en boca, y algunos se acercaron al hombre inerte para reanimarlo.

Este, después volvió en sí del desmayo. Dio vuelta los ojos, los puso en blanco, luego se fue reanimando.

Según los presentes, el "mal" había huído para siempre de su cuerpo.

Nos retiramos lentamente, después de dejar un óbolo voluntario. Descendimos de la favella y miramos hacia arriba, primero, el cielo estrellado y abajo los millones de luces de Río, que ya dormía.

Sentíamos una profunda impresión. Una especie de temor y de recogimiento. Algo como si una fuerza ancestral también nos hubiera tocado a nosotros que habíamos llegado a presenciar una macumba, incrédulos, y salíamos del morro verde de bananeros con la absoluta seguridad de que habíamos estado dos horas rodeados de misteriosos espíritus.

EL BRUJO QUE HIZO HISTORIA

Río

Tal vez jamás jugador extranjero alguno cobró tanta fama aquí, en Río de Janeiro. Obdulio es algo así como un nombre misterioso, un símbolo quemante de una derrota, un hombre-estrella de una victoria histórica, un maleficio, un astro, un recuerdo amargo, una amenaza eterna.

En las plazas y calles y bares y cafeterías. En los diarios y en las radios y en las esquinas. En las ruedas del deporte y donde no se habla de fútbol. Obdulio es un genio o un diablo. Se habla bien o mal, pero siempre se habla de este hombre maravilloso en el fútbol, que ha tenido la virtud única de meterse hondamente y por siempre en un pueblo que sólo tiene que recordarlo para maldecirlo.

—O velho Obdulio..., o maravilhoso Obdulio..., o indisciplinado Obdulio...

Se habla en voz baja de él. Como se habla de los brujos.

—¿Obdulio yogará...? ¿Yoga...? ¿No yoga...?

Peñarol, su poderío, su chance, la fincan en el gran internacional uruguayo. La suerte de un match, de un campeonato, la basan en las piernas y en el corazón y en el cerebro del capitán de Peñarol.

—Está contundido, les decimos. Está lastimado.

Y nos responden, hoscos y sin creerlo:

—Contundido o no, yogará o velho Obdulio.

No pueden creer a Peñarol sin Varela, a los uruguayos sin Obdulio. Es el hombre-clave, el personaje misterioso, mezcla de brujería, de arte, de maleficio, de "macumba", que desde la final del Campeonato del Mundo quedó para siempre aquí. Su sombra, su estampa, sus maniobras, sus conciliábulos, sus protestas, sus risas, su juego. Todo eso que compone la fuerte personalidad de Obdulio y gracias a la cual se ganó el memorable match de Maracaná.

Todavía todos lo recuerdan: "Obdulio corrió cuando estaba contundido Ademir. Todos creíamos que iba a socorrerlo. Apartó la gente, se acercó y después de reírse se fue, sin darle la mano..."

—O indisciplinado...

Todos lo recuerdan: "Mister Reader corría detrás de Obdulio después del gol de Friaza y Obdulio no soltaba la pelota. Corría también Zizinho, pero ya Varela estaba hablando acaloradamente con el otro linesman. Después regresó al medio de la cancha para hablar y protestar con mister Reader, el juez. Luego, siempre con la pelota debajo del brazo, se acercó algo a las tribunas, hizo algunas de sus reverencias famosas, saludó no sabemos a quién y entonces sí... fue al medio, puso la pelota en el punto blanco, golpeó las manos, se las escupió y fue a ocupar su puesto..."

—O mascarado Obdulio...

Pero Obdulio ahí mismo ganó el campeonato. El cuadro celeste había caído moralmente ante el gol. Y se repuso en los minutos de parlamento. Mientras tanto, el cuadro brasileño, alto en su espíritu, fue tomado por los nervios y cayó moralmente. Fue una de las batallas que ganó el gran moreno.

Claro que sí. El sabía lo que hacía. Necesitaba hablar mucho en ese minuto largo de angustia cuando nosotros ya nos estábamos espantando por la suerte de nuestro equipo. Y él, sereno, arrogante, ante doscientas mil personas, había representado su maravilloso papel de comediante para que los uruguayos volvieran, bien templados, a la carga...

—O maravilhoso...

Después, luego del grito de rabia justificado, la frase justiciera. El ordenó las piezas, gritó, mandó, empujó a todos, los lanzó hacia adelante, los hizo replegar. Fue un auténtico general dando las voces de mando a grandes gritos y con ademanes imponentes. Pidiendo, implorando, insultando. El hizo la estrategia del segundo tiempo, adelantándose y convirtiéndose en el surtidor. El frenó a Julio Pérez cuando demoró el pase o no ayudó lo suficiente. El corrió a abrazar a Morán cuando erró aquel gol imposible del primer tiempo. Siempre él. Un brujo, un endemoniado, un mal educado, un maravilloso jugador.

Hasta las imprecaciones fuertes que arranca el doloroso recuerdo del 16 de julio, se dicen con respeto. El insulto generalmente se grita para que también lo oigan las nubes. Esto que se dice a Obdulio, se murmura casi, como si el hechizo del astro pudiera ser oído por los Dioses y volverse contra el sacrilego. Es portentoso este hecho que estamos com-

probando a 18 años de la final del Campeonato del Mundo. Tal vez jamás se recordó tanto a Obdulio como ahora y es que las grandes hazañas, los grandes hombres, se agigantan con el correr del tiempo.

Nosotros mismos, acostumbrados a oír protestas sobre el jugador de Peñarol, escuchar conversaciones, terciar en el diálogo, nosotros nunca como ahora habíamos aquilatado en toda su amplitud, el renombre, la fama, el miedo, la admiración que sienten aquí por Obdulio Varela.

Y nos dicen algunos amigos que cuando Peñarol llegó otra vez para jugar el Triangular, en la final con Vasco, Peñarol ganaba seguramente, si no expulsan a Obdulio.

—¿Por qué? —preguntamos.

—Porque era Obdulio...

—Pero Obdulio no es el cuadro.

—Lo es. Es todo. Juega hablando. Con la pelota o sin ella. Es maravilloso. Aunque indisciplinado.

Ahí está todo. Las dos cosas, pero las dos aunadas componiendo una personalidad única, agitando un nombre que es un mito como si se moviera siempre en el campo de la fantasía.

También recientemente, en una revista española se escribía con respeto único de Obdulio. Y se preguntaba el cronista: "¿Cómo le metió aquel gol a Ramallets? Parece increíble..." Y coincidía con nosotros el cronista en que ése había sido el gol del Campeonato. Aquí y en Madrid y en Chile y en San Pablo y adonde vaya Obdulio. Siempre él, con su magia y el respeto que surge de su personalidad, que también por propia seguridad se convierten en imprecaciones.

Un día pasará el gran moreno. Quisiéramos entonces nada más que su sombra. Nada más que eso

para que bajara sobre la frente iluminada de nuestros jugadores la seguridad en el triunfo. Momentos históricos en que es necesario no sólo el maestro, sino el conductor, el amigo, el compañero, el sacrificado que se lleve tras de sí todos los rencores para que la victoria sea por siempre cosa eterna para los gloriosos colores uruguayos.

LA BATALLA DEL SOL

Ya es de noche cuando remontamos y como siempre que viajamos, queremos apurar todas las emociones en 36 horas ininterrumpidas de viaje, aunque el sueño nos pese y nos lacere la fatiga de estar quietos dentro de esta caja que vuela a quinientos quilómetros horarios y a una altura de 5.100 metros. En otras ocasiones, nosotros pasamos en vela esas treinta y seis horas mientras todos dormían en la noche, y abajo el Atlántico mostraba sus aguas tranquilas o el piso de nubes de algodón ponía una monotonía enervante en las ocho horas de cruce, en el salto de Recife a Dakar.

Esta vez, también nos sacamos el gusto y pudimos ver fascinados cómo el sol derrotaba a las estrellas en un amanecer de gloria.

En el tramo de Río a Recife se produjo el milagro. Allá a lo lejos, apareció una suave claridad; algo casi fantasmal. Un velo de gasa tenue queriendo romper las negras nubes. El color venía desde el este a nuestra derecha, lejos, muy lejos, desde las costas de Africa. Muy arriba brillaban las estrellas haciéndole guiñadas al avión y abajo siempre el piso de nubes ahora parduzcas y feas. Pasaron los minutos lentamente mientras crecía poco a poco aquella claridad que empezaba a teñirse con los colores rosa y naranja. Surgía ese color, esa aurora boreal de tonos vivos al tiempo que las estrellas empezaban a palidecer. Estas aún se defendieron por horas. Más pálidas, menos titilantes, brillaron orgullosamente más arriba del avión y del cielo, pero desde abajo y hacia el este, el incendio de todos los colores seguía agrandándose.

Poco a poco también, apareció el primer haz de oro: flechazos desde el este se mezclaron con el rosa y el naranja y compusieron en estrias de kilómetros de largo un camino de ensueño. Primero ese campo se estiró sobre las altas nubes de la derecha y después empezó a reventar hacia arriba, entablándole lucha a la luz de las estrellas.

Fue la batalla del sol y que, como siempre, ganó el sol. Creció el campo luminoso, se hizo ancho después de haberse alargado y explotó hacia arriba rompiendo las nubes negras que teníamos debajo. Los rayos del sol, tenuemente, empezaron a flotar por encima de las nubes perforándolas en todas direcciones y arriba, las estrellas ya no fueran otra cosa que pálidas lamparitas que morían lentamente y desaparecían poco después, corridas por la aparición y el triunfo del astro rey.

Aún en los recodos del gran campo de algodón y plomo que era nuestro mundo a 5.000 metros, hubo

luz diáfana de las estrellas. Pero hasta allí llegaron los haces de oro y fuego y luego explotó en toda su belleza el amanecer pleno del nuevo día.

Fueron entonces las nubes nuevamente blancas y purísimas y esta especie de montes de nieve eterna, bañados por el sol quienes le dieron al firmamento vida y fuerza maravillosa. Bajó algo el avión y empezamos a divisar muy lejos, allá sobre la tierra, los verdes de todas las tonalidades de la selva y cuando el "Gran Viking" de la Scandinavian empezó a cabecear, a planear y a caer de ala ya estaba a la vista Recife con sus canales naturales y sus tierras de ocre.

Entonces empezó a llover; un agua tropical caliente y pausada que puso un manto de neblina a todo lo bello que habíamos visto.

Volvió la vida dentro del avión. Todos se despertaron, se lavaron, se afeitaron, las mujeres aparecieron hermosas después de las "toilettes". Y bajo agua mansa y suave, descendimos hacia Recife. Ya no había luz fuerte arriba ni tampoco oro y rojo abajo. Pero nada nos importaba. Habíamos visto —y lo recordariamos para toda la vida— como había ganado una nueva batalla nuestro padre el Sol.

FRONTERA AL INFIERNO

Casablanca

El que crea que aquí encontrará al Africa negra se equivoca como nosotros también nos equivocamos. Es una ciudad árabe-francesa-marroquí. Es una gran ciudad europea con enormes edificios de muchos pisos, hoteles magníficos y como no los hay en Montevideo por su número y estructura. Aquella soñada Casablanca de Humphrey Bogart en la película del mismo nombre es nada más que para el recuerdo o solamente para la exportación. O tal vez allí en el cine estuvo nada más que la ficción porque esta realidad es muy distinta. Hay que ir a los barrios bajos, a las callejuelas de tierra y barro donde los árabes —como los vimos en El Cairo— pululan entre desperdicios, pobreza y moscas. Aquí en pleno centro moderno con luz neón, con varitas, con asfalto y con lujo, ellos se mezclan con los europeos.

Le dan un sabor local a Casablanca, los hombres con sus túnicas generalmente mugrientas y el fez de todos los colores sobre la cabeza, las babuchas deshechas cubriendo los pies que jamás conocieron el agua. Las mujeres con media cara tapada por el clásico velo, también con túnicas multicolores. Hay grupos con vestimentas limpias, ascadas, pero son los menos. En el centro, Casablanca nos presenta el gran contraste de todas las ciudades africanas de población densa donde el colonialismo, la opresión, la voracidad y el total abandono de sanidad, educación, etc., traen cuadros comunes: mendigos, ladronzuelos, gente que pide cualquier cosa, grupos que hablan animadamente, deshechos por fuera y por dentro, que jamás tendrán nada que hacer: núcleos que miran sin mirar y así se pasan el día, estáticos en esa rara postura en cuclillas que a nosotros nos parece imposible de aguantar y para ellos es como si estuvieran sentados en una silla.

Este gran centro europeo de Casablanca es enorme y hermoso. Recién levantado, podíamos decir, por los franceses que habían hecho de la nueva ciudad una nueva París, parece estar ahora en un instante de transición. Los cabarets, los letreros multicolores, las casas de modas desde Balmain a Ricci, las peluquerías suntuosas, los bulevares imponentes, todo eso es ahora ocupado en parte por los árabes bien o mal vestidos. Ha llegado al poder una nueva casta que gobierna a su país y como todas las improvisaciones, hay fallas, hay desconcierto y hay además orgullo nacional que resulta a veces nocivo.

Pero a tres cuadras del bulevar de La Armada y los Campos Eliseos tenemos "La Medina", uno de los grandes barrios típicos, inmensos, inmundos, el infierno en la tierra. Callejuelas de dos metros ser-

perambulando entre pequeños comercios donde se puede comprar un par de zapatos, un fez, un plato de cobre y mil cosas más, todas heterogéneas.

"La Medina" (grupo de ciudad, población densa, barrio comercial típico), despidiendo un olor nauseabundo, es un gran estercolero humano, con gente vestida de harapos, niños negros de mugre, moscas, perros, mendigos, ciegos que gritan para llamar la atención pidiendo amparo, dinero, lástima. Es un triste pregón a coro que paraliza la sangre. Las mujeres llevan a sus hijos en la espalda atados con sus toallas. Asoman por un hueco sus caritas negras de tierra y flemas. Pasan pequeños carros tirados por ancianos, motos modernas con comerciantes con su tienda a cuestas, hombres con tablas en la cabeza portando tortas. En las puertas, grandes ollas con papas fritas negras de todo lo que puede caer allí, tapices, candelabros, imágenes, cueros, bolsos, valijas, fajas multicolores. Y dominando todo el pregón y el chillido de las gentes, cerca, por los bulevares, el ruido de los convertibles lujosos y de los Jaguar de turismo, europeos de todos los países cercanos visitando boutiques y comprando "souvenirs". Aquí el fango y la miseria. Tres cuadras apenas separan el infierno del paraíso.

En Casablanca empieza una cadena de ciudades y playas, lugares de turismo famosos en Europa. Los franceses habían hecho de esto otra Costa Azul. Más abajo está Mazagán, después Safi y luego Agadir. Todas con sus grandes hoteles, balnearios modernos, lugares para pasar las vacaciones, todos primorosamente preparados, donde se mezcla lo natural, maravilloso, y lo que ha hecho el hombre, perfecto. Mucho más completo en algunos aspectos que lo que puede verse en Montevideo.

Rabat, que está al Norte de Casablanca es la capital y más lejos de la costa, Mogador, Marrasket Tiznit, sitios típicos con sus estaciones veraniegas y atracciones de invierno.

Aquí está todo planificado con el turismo. La visión francesa en este aspecto es sin duda extraordinaria. Pero ahora se han quedado sin nada por la independencia del país y los marroquíes se aprestan a encarar ellos solos los problemas que tal vez, les queden demasiado grandes.

Tenemos en éste nuestro hotel Marhaba un edificio regio de veinte pisos con confort completo, un lio que señala una fisura en la organización: nos hemos encontrado con una huelga árabe solamente, ya que los empleados y obreros europeos siguen trabajando. Parece que dejaron cesante a un obrero musulmán y los otros se fueron a sus casas. Los corredores están vacíos, los apartamentos tardan en higienizarse, el enorme comedor es atendido por pocas personas y en nuestro apartamento, el desayuno y todo lo demás lo trae solamente un chico que siempre anda con la lengua afuera.

Esto es poco comparado con la puesta en marcha de una inmensa y complicada maquinaria que debe ser un país grande que quiere empezar a caminar dentro de la civilización.

Rápidamente esto es Casablanca. Hemos tratado de decirle a ustedes cómo una pequeña frontera separa al Cielo del Infierno.

EL FIN DEL DÍA

Lisboa

Es sin duda una de las capitales más hermosas de Europa. No teníamos que decirlo nosotros porque la frase corrió mucho antes de nuestro viaje y llenó el mundo. Pero ésta es una comprobación necesaria y así debemos proclamarlo. Desde las amplias avenidas inmaculadas con sus jardines y sus flores hasta las plazas inmensas y soleadas, verdes fuertes, flores rojas y amarillas de un fuerte tropical, presididas por los monumentos a sus héroes, todo es aquí hermoso, pulido, agradable.

Hemos tenido oportunidad de realizar una rápida recorrida por la cadena de playas que une a Lisboa con la célebre Estoril. Estoril de la cual hablamos ya en un pasado viaje con sus reyes destrozados, sus príncipes esperanzados en remotas coronas, políticos apartados, celebridades del pasado, gente de gran copete por doquier; pero especialmente

Estoril centro turístico y balneario de gran abolengo con el mar verde, arena gruesa, agua fría y follaje cerrado que trepa por las colinas y los montes y baja hacia el mar zigzagueando entre la lujuria de esta selva. Caminos que se remontan y descienden en mil vericuetos, villas adustas de piedra gris encajadas en la fuerte roca. Pueblitos multicolores con sus lugares de diversión y venta de refrescos y de recuerdos. Estoril, muy grande, muy bella con una costa pedregosa donde se puede admirar la "Boca do inferno" donde el mar entra a borbotones entre cavernas que ha hecho el tiempo, mientras las olas lamen enfurecidas al alto muro pétreo cortado a pico frente al cual las gentes miran asombradas las bellezas imponentes de la naturaleza. Estoril, con su viejo Casino, donde quedaron enterradas grandes fortunas. Empleados viejos como el mismo casino, demasiado serios, cantando los números en portugués y en francés, vestidos de verde, pálidos porque siempre están bañados de noche y de luces eléctricas, y como siempre, el cuadro de personas nerviosas que cambian opiniones en cuchicheos muy bajos; que también usan martingalas y que también pierden como en todos los casinos del mundo.

A las dos de la tarde el sol pega fuerte y juega con las olas verdes; a esa hora los jugadores miran melancólicamente cómo se van las fichas y beben consolándose, mintiéndose fugazmente para empezar otra vez a perder.

Afuera está la vida plena y gozosa y aquí a dos pasos, la gente marchita y verde que ignora el sol.

Más allá está Cintra, imponentes montañas, lugar residencial de los millonarios y de los incontables turistas de Estados Unidos que parecen vestirse con trajes de colores chillones y de bolsas horribles para

que un tipo standard los distinga de los demás turistas. Cintra, es un lugar maravilloso con sierras y flores colgantes y villas y quietud imponente allá arriba, donde las nubes de gasa pegan en las mansiones señoriales de los hombres privilegiados.

En Estoril y en Cintra está el mundo de los ricos de todo el mundo. La muchedumbre que aquí llega hizo ya su fortuna, pero si tienen mucho dinero tienen muy poca vida. La miran pasar, apresurada. Callados unos, charlatanes otros, miran fijamente, toman películas, beben refrescos y arrastran los pies y las palabras.

Cintra y Estoril nos presentan el muestrario de la vida decadente.

Este mundo tiene todo el dinero que desea y lo gasta para gozar de un instante de ensueño mirando el paraíso artificial.

Todo es hermoso y a veces acongojante. Para la mayoría eso es la gloria. Para nosotros es el fin del día.

A cuatro cuadradas del hotel está "La Estufa Fría", inmenso invernáculo de varias manzanas cuadradas, lleno de miles de variedades de plantas encerradas en muros de piedras y en varillas de hierro por donde entra cuadriculada la leve luz del sol. Es una verdadera selva en pequeño, con caminos enarenados, arroyos, lagos, caídas de agua, peces de colores, rumor y perfume y quietud de bosque. Humedad y soledad. Debe ser "La Estufa Fría" uno de los lugares más hermosos de Lisboa y tal vez del mundo.

Los enamorados se sientan, en los lejanos y tranquilos recodos para tomarse de las manos y mirarse a los ojos. Las inmensas bóvedas allá arriba cuadriculan los rostros aquí abajo. La gente pasea silenciosa como si recorriera una catedral. Esto es la paz

en medio del rumor sordo de la gran ciudad que llega hasta las entradas del invernáculo imponente, orgullo de los lisboetas y encanto para los felices viajeros.

Se halla enclavada en el gran Parque Eduardo VII, con sus bosques y sus jardines versallescos en el centro. Con sus altas colinas de piedra y una iglesia de siglos más arriba.

A diez minutos retrocediendo, pasa el tránsito ruidoso de la capital a cien kilómetros por hora y los ríos de gente se encaminan a sus empleos en el Metro, en los ómnibus de dos pisos, en los coches flamantes.

Es uno de los más extraordinarios contrastes de Lisboa. La quietud y la paz a cinco minutos de la locura de la gran urbe. También uno de los lugares más hermosos del mundo.

Nos quedamos con "La Estufa Fria", remanso de silencio y no con Estoril centro de un mundo decadente. Allí están los enamorados soñando; aquí los que ya pasaron y se prenden desesperados a la vida.

LA RUTA DE LOS DESESPERADOS

Lisboa

Cruzar tres provincias españolas y todo Portugal de lado a lado, corriendo en auto 700 kilómetros con cuarenta grados de temperatura para alcanzar un avión en Lisboa, es una aventura para el relato, no tanto para pintar el clima que vive un enviado especial informando sobre deportes, sino para que una vez más el lector sepa cómo llegan hasta él las informaciones y cuánto cuesta un enlace de Cádiz a Lisboa con rumbo a Montevideo.

El cronista es a veces una especie de navegante de un barco o de un avión. Toma un plano del lugar o de la región, observa y estudia los horarios de las decenas de aviones que salen para América, consulta horas para ratificarlas o rectificarlas y después más o menos sobre seguro se larga a la aventura en procura del éxito o del fracaso con los nervios de

punta mirando cómo a veces se le acerca el infortunio y hasta la tragedia, en una carrera desenfrenada contra reloj hacia el objetivo lejano.

Los que toman sobre sí la tarea de llegar a tiempo a Lisboa hace ya un día que no duermen porque entre el partido, el trabajo de las notas y los cables, las tareas del traslado, la contratación de un auto especial, los trámites internacionales para cruzar la frontera y mil detalles más, le absorben todas las horas, inclusive las del breve reposo.

Se sale entonces en plena madrugada de Cádiz en dirección a Sevilla. Detrás de Cádiz dejamos el huracán sofocante del Levante que nos ha estado quemando siete días, pero en Sevilla tomamos ahora baños de transpiración y oleadas de fuego líquido de 40 grados centígrados. Vamos hacia Huelva para después cruzar la frontera. Podríamos ir por la ruta de Badajoz, pero perderemos 40 kilómetros preciosos. El avión de Lisboa sale en hora y tenemos que estar allá sin un mínimo retraso.

Se suceden las pequeñas villas y los olivares. El camino de cemento se mete entre plantaciones de algodón. Corremos entre las viñas de los famosos Jerez. Esto es nada menos que Jerez de la Frontera, universalmente conocido por las bebidas de su nombre, por las etiquetas y por los añejos reclames, tan añejos como el mismo vino. En el alba, filas de hombres y mujeres se encaminan a sus trabajos a pie, a lomo de asnos chiquititos y tanto, que los hombres tocan con sus pies el suelo; en bicicletas, en burros, en todo medio de transporte. Pasamos por grandes plantaciones de arroz donde ya las mujeres y los hombres están hundidos en el barro hasta la rodilla y ni miran el paso de los vehículos. El viaje es penoso pero no puede tener una sola pausa. Subimos

y bajamos montes serpenteando de un modo inverosímil. Estamos pegados a los asientos, empapados. No hay donde tomar una gota de agua aunque sea caliente. Nada. Hay villorrios miserables con casitas chatas, blancas, pobrísimas, sobre el mismo camino. La gente se asoma y mira, al parecer sorprendida de que un auto pase por allí. Porque la ruta es poco transitada y tanto que en 200 kilómetros recorridos sólo hemos cruzado una docena de autos o de camiones. El fuego líquido entra por las ventanillas entreabiertas en latigazos violentos llenos de polvo y de paja seca.

Estamos mirando el reloj. Tenemos doce horas de viaje continuado. Que no pase nada...

Cerca de la frontera con Portugal pinchamos. Perdemos un tiempo precioso y seguimos. Los trámites en la frontera española son breves pero largos y absurdos en la portuguesa. Un auto francés con chicas monísimas está delante nuestro con algunas dificultades y esto ya se acerca a la eternidad. Menos mal que las chicas son como cascabeles y la espera es menos trágica.

La campiña de Portugal es más árida, menos labrada, los mismos olivos. Abundan los campamentos de gitanos bajo el sol de fuego. La gente camina sobre el asfalto hirviente, descalza.

Las mujeres llevan grandes ánforas sobre la cabeza en un equilibrio inverosímil. Llegan desde lejos, desde las fuentes, y van a sus chozas donde hay más perros que gente.

La breve estada en un restorán del camino es apenas una pausa nerviosa. Los relojes son inflexibles, marchan, acusan el paso de los minutos. El avión saldrá en hora.

Vamos devorando los trescientos kilómetros restantes y poco a poco los cuarenta grados ceden por la llegada de un viento tibio. Seguimos pegados a los asientos, empapados, sucios, cansados, con los ojos hinchados, rojos. Tanto hemos fumado que el cigarrillo no tiene gusto y la boca pastosa es también una tortura.

Algún cuento, los chistes, las anécdotas cortan la monotonía de un viaje angustiante. Cabeceamos un sueñito, despertamos, caemos en el sopor, abrimos los ojos para mirar el reloj.

El verde de las plantaciones, la brisa ya algo fresca y ese instinto del hombre que vive toda su vida en la costa del mar, nos avisa que hay agua cerca. Lo adivinamos, lo sentimos, nos alegramos. Ahora la campiña se transforma y corremos aún más, a 100 kilómetros horarios, pero el tránsito ya nos entorpece la marcha. A lo lejos hay como una gran neblina que tapa el cielo. "Los vapores del río Tajo", nos dice el chauffeur. Pero hay olor a quemado en el ambiente. Y allá lejos hay fuego. Estamos ya a la vista de Lisboa cuando llega un policía en moto disparado para gritarnos: "¡¡Fuego, den vuelta, fuego...!!"

Casi lloramos de desesperación. Miramos el reloj. El avión está en hora. Lisboa está a la vista, pero no podemos pasar después de 12 horas de correr por dos países, después de tanto sacrificio, después de tanto esfuerzo. "Somos periodistas, tenemos que alcanzar un avión", balbuceamos, desesperados. El policía sólo hace ademanes enérgicos y furiosos: "¡¡Fuego...!!"

Regresamos vencidos. Pero Dios está cerca en la persona de un señor con su familia en un auto de turismo que, a la distancia, nos ve, capta la tragedia

y nos hace señas de que lo sigamos. Lo seguimos hacia atrás ahora, en un gran rodeo. Después de 50 kilómetros otra vez el Tajo y el incendio queda atrás, a nuestra derecha. El señor que nos llevó hasta allí, da vuelta y nos saluda con la mano en un gesto cariñoso. Fue hasta allí sólo para salvarnos. Jamás sabremos quién es. Pero lo recordaremos para toda la vida.

Para cruzar el gran río hay ferryboats cómodos, pero nosotros tendríamos que pasar el Tajo volando para llegar a tiempo. Entramos con el vehículo. Pagamos. Alguien aún saca la máquina de su estuche y escribe las últimas impresiones. Se acomodan los sobres, se les pone la dirección, se cierran. Estamos llegando a la orilla. ¿Y si el auto demora en bajar? Es preciso salir corriendo con los sobres en busca de un taxi. Así lo hacemos. Un guardia de aduana nos detiene pidiéndonos un boleto que no tenemos. Le rogamos que nos deje pasar. El guardia se enoja y dice que no.

Lo empujamos violentamente, disparamos, tomamos un taxi y corremos por las calles de Lisboa hacia el Aeropuerto. Llegamos en hora. El avión está calentando los motores. Después levanta y parte hacia Montevideo con el material que ustedes habrán leído ya sobre la última hazaña deportiva.

Setecientos kilómetros, dos países, cuarenta grados de calor, angustia, trabajos, tragedias. Pero se cumple así. Así se trabaja. Así llegan las noticias a las manos de los lectores.

Somos tan felices que nos dormimos medio vestidos. Con camisa también. El hombre feliz, en verdad, tenía camisa...

París

Se llama Giselle y limpia cuartos de un hotel. Es hermosa, joven, atrayente, simpática. Pese a su tarea, sabe cuidarse las manos. Se peina como las chicas "de familia" es educada y enormemente simpática. Su belleza despierta la admiración de todos y especialmente de los hombres que pasan por el hotel, están unos días y después siguen y no la verán jamás.

Hay en ella como un gran empaque de reina. Esa calidad de mujer superior que obliga al respeto, que hace que el hombre se detenga a tiempo después del piropo o de la galantería tan comunes en este contacto de horas del viajero con la chica que cumple una labor en un hotel.

A veces hay que buscar en el pasado, conocer algunas historias, hablar con alguien para aprender a respetar, a saber que detrás de las personas —espe-

cialmente si son mujeres— hay tragedias y grandes dolores que obligan a la admiración.

Giselle se crió en su hogar respetable, tal vez lleno de riquezas. Tuvo padres y hermanos. Cuando llegó la guerra, quedó sola de golpe, posiblemente en una sola noche. En pocas horas le fue arrebatado todo. Aquel mundo de ensueños quedó para siempre entre los escombros humeantes.

Después su vida fue una vida más de tanta novela que se ha escrito sobre la guerra, sobre los desarraigados, sobre los que han marchado por todos los caminos de Europa buscando a sus padres y jamás los han encontrado porque habían muerto.

Giselle trabajó, estuvo en todos lados, cambió de empleos, mantuvo la sonrisa encendida mientras el dolor le mordía el corazón.

Aquí está ahora en un hotel de Europa fregando pisos, sirviendo, realizando tareas pequeñas. Fue como nuestras hijas, tuvo muñecas y grandes y hermosos sueños. Todo eso quedó atrás tal vez para siempre.

Es un caso más para ser contado algún día en un libro cualquiera. Un hecho común en esta Europa que guarda tantas tragedias ignoradas.

El episodio es ese. La comprobación puede servir a los hombres que siguen creyendo que la mujer es sólo materia y sexo. Olvidan que por algún destino, por alguna historia, por algún pasado, la mujer es también santa y mártir y ha sido forjada a la imagen y semejanza de Dios.

LA PRIMERA NEVADA

París

En la fría mañana cuando nos despertamos en París para tomar el Caravelle hacia Hamburgo, se presentó ante nuestros ojos un espectáculo impresionante, maravilloso y que jamás olvidaremos. París estaba cubierto por un inmenso manto blanco. Por primera vez en el año se había desprendido sobre la Ciudad Luz una nevada de las más grandes de los últimos años. París quería despedirnos con uno de sus bellos espectáculos y no quiso que nos fuéramos de Francia sin admirar este nuevo y albo ropaje que la transformó de golpe en algo inmaterial, deslumbrante. Las calles, las plazas, los árboles, los techos de las casas, níveos, inmaculados. Los autos estacionados en las aceras tapados de nieve. Semejaban muñecos grotescos y sólo sabíamos que allí abajo había autos porque la noche anterior los habíamos visto estacionar cerca del hotel.

Lentamente los copos seguían cayendo desde el cielo neblinoso con una luz pálida desconocida. Algo así debe ser la aurora boreal porque a las ocho de la mañana París se nos mostraba en plena noche pero con el brillo suave y pálido del inmenso tapado blanco.

Poco después, cuando habíamos dado una vuelta por el bulevar Montparnasse, los grupos de estudiantes empezaron las tradicionales batallas. Habíamos leído sobre esto pero jamás nos imaginamos que la población de París se olvidara de golpe de Argelia, de las bombas de plástico, de todos sus tremendos problemas y jugara alegremente en arrojarse bolas de nieve en combates donde las exclamaciones y las risas ponían un matiz desacostumbrado en la mañana "crepuscular". Todas las mañanas anteriores habían sido solemnes, serias, consagradas al trabajo. París vestida de blanco se echaba a jugar en las calles.

Las chicas y los chicos dejaron de lado sus libros y entablaron formal batalla. Pero quien pasara por allí recibía también su buena dosis de nieve en bolas que se deshacía en lluvia de chispas blancas y después empezaba a mojar. Una vecina, vieja ya, sacó su lata de basura y le tiró una bola al panadero. Esos panaderos de París que transportan su mercancía en alargadas jaulas y adentro ponen los clásicos panes de un metro de largo. Las muchachas empleadas de una tienda vecina que llegaban a desempeñar sus tareas jugaron también con sus vecinos y poco después los muchachos de Peñarol se atrincheraban en las puertas del hotel librando una descomunal batalla con los chicos parapetados en el bar de enfrente.

Todo esto resultó para nosotros irreal, maravilloso. Duró hasta que un sol tapado por la neblina de la

nieve, apenas asomó un ojo pequeño y se quedó allí presenciando también él la fiesta de abajo.

Después el tránsito fue moliendo la nieve que se agrió primero y después fue fango y barro. Pero en las plazas, en los prados, prendidos de los árboles y en los edificios, estaba intacto el espectáculo.

Los comerciantes echaron sal en las veredas y los barrenderos arrastraron hacia la calle, con escobas y palas, la mezcla deshecha. Pero poco a poco las veredas seguían tiñéndose de blanco. Así todo el día.

En Orly nuestro vuelo se demoró varias horas porque las pistas se hallaban peligrosamente resbaladizas. Palas mecánicas trabajaban a todo vapor despejando los viaductos de cemento. Y cuando todo estuvo limpio levantó el primer jet y se posó en Orly el primer Caravelle de la mañana.

Ya entre las nubes, apenas vimos el Sena escarchado. Después enfilamos hacia Düsseldorf y Francia fue quedando lejos.

La vimos por última vez blanca como una novia, blancas las calles, blancas las torres de las catedrales, blancos los árboles muertos pero revividos también con flores blancas posadas delicadamente en sus largos brazos desnudos.

LA REVOLUCION VUELVE DE NOCHE

París

Estamos en un pequeño hotel próximo al Palais Royal y por lo tanto muy cerca del Louvre. Sabemos muy poco de pintura, de arte, de todo eso sagrado que guardan las famosas galerías que tienen manzanas de extensión. Pero confesamos también que sabemos emocionarnos y nos extasiamos ante lo excepcional y por la fuerza creadora del artista que nos entra por los ojos y nos ablanda el corazón. Como la música, como todo eso que se desconoce en su real profundidad, pero que agrada y toca fuertemente las más sensibles fibras de nuestro ser. El Louvre impone y extasía. No sólo imponen las obras de arte; imponen los religiosos del arte que están allí estáticos ante las esculturas y los cuadros, arrobados y mudos por horas enteras observando lo maravilloso de la línea y del color. Seis horas en el Louvre es casi nada. Se ve poco, porque se pasa rápidamente

por las salas apenas deteniéndonos un instante ante lo maravilloso que deslumbra o para consultar el catálogo y observar dos veces lo increíble frente a las obras maestras del Tintoretto, de Rubens, de Van Dyck; ante la Venus de Milo y cien obras más y de mil cuadros, junto también a millares de turistas que en el día recorren el Louvre con recogimiento santo. Todo es bello y es grandioso.

Diremos que por encima de todo lo grande y de lo sublime que encierra el Louvre, nos gustó un pequeño cuadro de De Tour; es apenas un cuadro perdido en una de las grandes galerías en el que aparece una mano y una vela encendida. La mano resguarda la llama del viento. A través de los dedos, pasa tenuemente la luz amarillenta. El realismo de la obra es extraordinario. Creemos que a diez metros, el cuadro puede tener ese embrujo y esa magia artística. Pero de cerca acontece lo mismo pero con más fuerza aún, y entonces todo tiene vida allí: la luz, la mano, las venas, el trasluz sobre la mano, las tenues sombras. Tan maravillosa es esta visión —que parece serlo realmente—, que si se agitará esa mano o temblará la llama, ya no nos sorprenderíamos.

Versailles tiene algo en su interior, pero muy poco. El pueblo se lo llevó en los días de la Revolución. Enclavado en medio de los jardines más extraordinarios del mundo, con sus célebres fuentes también únicas y sus juegos de agua inimitables también, Versailles aplasta por su grandiosidad, pero no llega al corazón. Aquello es inmenso, pero no tiene alma; está vacío, frío, desnudo. Ni la Galería de los Espejos, ni la alcoba de María Antonieta con sus puertas secretas por donde penetraba Luis XVI, ni el lujo de las pinturas de los techos, ni los viejos doseles,

pueden impresionar al viajero que solo se recoge ante la presencia del pasado tremendo que vivió el lugar histórico.

Resultan encantadores los juegos de agua, que se abren y se encienden en la noche cinco veces al año. Tenemos la fortuna de verlos en su esplendor: surtidores de todas las formas en chorros en arco y rectos y formando caprichosos dibujos. Al anochecer, los jardines, cientos de ellas diseminadas en todos los jardines, se iluminan en forma fantástica. El oro, el rojo fuego, el esmeralda, el azul fuerte, van cambiando escalonándose en una diversidad de matices que hablan de la maravilla del mecanismo eléctrico que impulsa las aguas y cambia sus colores pausadamente.

Hemos estado un día en Versailles para recorrerla bien. Y especialmente para presenciar la ceremonia cumbre que admiran no menos de diez mil personas.

El Palacio está quieto, oscuro, silencioso. Todos los jardines están sumidos también en la oscuridad. Resuenan de golpe las voces dentro de Versailles, animando la escena y dando un gigantesco salto atrás: diálogos de María Antonieta y el Rey, nerviosas conversaciones de los Ministros y los Cardenales, y todo maravillosamente sincronizado con la música sacra, pausada pero trágica, porque la escena está presentando al pueblo los prolegómenos de la Revolución. Es admirable como por medio del sonido y las luces que se encienden y apagan en las alcobas, según quien hable, según quien entre, según quien recorra los salones dorados, la historia corre también al impulso de la música suave y de las voces y de las luces, sin personajes pero con fuerte vida. Enormes reflectores invisibles acompañan con sus luces las distintas escenas. El Palacio se ilumina por fuera en va-

rios tonos: se apaga de golpe y se enciende una luz en la alcoba del Rey cuando habla él; se anima la vida nocturna del viejo Palacio y creemos ver a todos los personajes del pasado nada más que por medio del diálogo, la luz y la música. Y todo termina con la llegada de la muchedumbre, el griterío de los desarrapados hambrientos y ese toque con el triunfo del pueblo y la alocución final encendida de patriotismo que la multitud aplaude en lo oscuro, dándole a los jardines un tono fantástico: callan los aplausos y sólo se oye en la noche el ruido alegre de los surtidores y alguno que otro relámpago de plata entre los árboles: hilos de agua que suben muy alto y caen estrepitosamente en las fuentes de mármol.

Así termina una de las ceremonias más imponentes que hayamos visto en nuestra vida: el proceso de la Revolución, animado sólo por la luz y el diálogo. Cuatro horas parados y en un verano que nos presenta esta noche con dos grados sobre cero. Pero no nos pesa.

Los Inválidos tiene la tumba de Napoleón, inmensa, negra, en forma de ataúd; allí están Foch y otros héroes del reciente pasado. En las galerías altas de los Inválidos, el Museo del Emperador, la tienda de Santa Elena, la cama donde murió Bonaparte, sus prendas íntimas, armas, enseres personales, bajo vitrinas. Dentro de una un poco más grande, la túnica manchada de sangre cuando se le practicó la autopsia. Ya estamos otra vez en trance de emocionarnos ante estas cosas que vemos y que creíamos no ver jamás, cuando uno de los guardianes habla en francés con un turista y le dice:

—Unos dicen que esto era de Bonaparte. Otros dicen que no. Están muy divididas las opiniones.

Roto el encanto, destruida la fe en lo que estamos viendo, nos vamos. Al salir vemos, no la vieja his-

toria de museos con sus verdades o mentiras, sino la realidad tajante y dolorosa: allí en los corredores bajos de Los Inválidos, están los jóvenes heridos de Dien Bien Phu. Sin piernas, sin brazos, con el rostro tapado.

Realmente, las guerras napoleónicas y sus ejércitos y sus hazañas, han perdido en nuestro tiempo todo su significado y toda su heroicidad. Es más tremenda y más espantosa la realidad de nuestros tiempos.

EL MUNDO DEL PLACER

París

Aunque no se crea, cuesta darse cuenta por qué París es mejor que todas las ciudades del mundo: mejor porque es más hermosa, más acogedora, más limpia, más interesante para el viajero. Pero París es precisamente brillante, completa, universal, porque tiene lo mejor de cada una de las grandes ciudades. No tiene los monumentos romanos, ni el encanto de Venecia ni la alegría de Madrid. Pero he aquí que tiene algo de todo esto, un poco nada más, pero tan quintaesenciado, tan extractado, que París maravilla y arrebatada y se hace querer para siempre porque es el todo, además de ser francés, que es todo de gracia, la simpatía, la gentileza "eso" que gusta de golpe y se nos mete para siempre en el corazón.

Montmartre, Menil Montand, Montparnasse, Versailles, el gran centro en el Palais Royal o las ave-

nidas como Capucines, o Rivoli o la Opera, o el viejo château de Mailmaison donde aún parecen vagar las sombras de Napoleón y Josefina, eso y todo, es lo que gusta y hace de París la ciudad única y distinta, esa misma que no se olvida jamás y a la que quisiéramos volver cuanto antes como si después de conocerla tuviéramos la necesidad vital de volverla a ver; como una dulce amada o como un hermoso sueño.

París gusta porque la gente vive su vida sin fijarse cómo la viven los demás. Los amantes lo son a la luz del sol. Los que se quieren se aman y se besan dulcemente. Lo hacen al abandonar el Metro o junto al Sena, o en las plazas. Continuamente, los amantes están mostrando su orgullo de tales a quienes, como nosotros, miramos; porque el francés no mira por cuanto él también hace lo mismo y si no lo hace, sabe que está bien. Simplemente, que el recato, lo oscuro, lo bueno, aquí lo tornamos malo escondiéndonos, y allá en París es normal, lógico y lo puro. Y tanto es así, que poco después también nosotros tomamos como la cosa más natural del mundo eso tan fácil del amor en la calle y sin recato. Y como todo París es así y la gente se nos antoja más alegre que en otros sitios, y hay buena comida, y sobran las mujeres bonitas, y los dancings y las ganas de divertirse, he aquí que París burbujea en su chispeante felicidad y se apodera para siempre del viajero, asombrado primero, cauteloso después, feliz luego, nadando en esa felicidad plena que ofrece París al que llega.

Claro que hay amores y amores. Estamos hablando del único amor, claro está, pero en París hay otra clase de amores. Ahí tienen ustedes que nos hemos encontrado con algunas parejas que despiertan nuestro asombro y nuestra meditación. Las "parejas"—de alguna manera hay que llamarlas—están inte-

gradas solamente por mujeres. Una más grande, la otra más pequeña; ambas tomadas del brazo, van al mercado a hacer sus compras cotidianas, van al cine, van al teatro, y hasta sin duda, han de tomar parte en obras de caridad...

De todos los barrios el viejo y descascarado Montmartre. Desde Place Pigalle hacia arriba, llegamos hasta el Sacre Coeur, blanco, inmenso e imponente en su silencio y en su paz. El Sacre Coeur domina París y a sus pies está Montmartre, donde todos enloquecen de noche en los cabarets de toda condición; donde las mujeres empiezan y terminan su brevísima vida llegando primero al Moulin Rouge y después bajando y emborrachándose en los cafetines abarrotados de extranjeros, entre el ruido ensordecedor del pregón de los que invitan a ver "el burlesco", las máquinas traganíqueles y la alegría de este corso que va y viene riendo y tomando, en busca de una ilusión que dura una noche.

Pero Montmartre no es sólo eso. El Montmartre que permanece está allá arriba, trepando hacia el Sacre Coeur. Está en la Plaza du Tertre y hay que cruzar por el Moulin de la Gallette donde Renoir y otros viejos maestros iniciaron su carrera, también en Montmartre, también en la placita du Tertre donde pasamos varios días en compañía de los pintores de ahora que tal vez llegarán a la celebridad como los afamados maestros. Están ellos pintando continuamente. Y continuamente, los turistas posan, les sacan los cuadros de las manos, y ellos nos dicen que apenas si descansan algunas horas en la noche. Este pedazo de Montmartre es el alma del barrio, su centro nervioso, todo su arte en fin, que es la vida y la fama del viejo pedazo de París.

Después, cuando la Plaza du Tertre prenda sus lamparillas de todos colores y el Sacre Coeur apa-

rezca como una inmensa sombra encima cerca de las nubes, abajo Montmartre no será otra cosa que Place Pigalle y sus cabarets y sus mujeres, y el burlesco y el vino y la romería en busca del Moulin Rouge. Esto terminará con el sol, cuando vuelvan los pintores allá arriba a exponer sus telas y a soñar con el viejo maestro Renoir, cuya sombra está pegada al Moulin de la Gallette.

ETERNIDAD DE HEROES Y PERROS

París

Montparnasse no tiene otra cosa que la muchedumbre que llega de todos los lugares del mundo, parte de ella en busca de los existencialistas de San Germain de Pres. Especialmente, los americanos del Norte andan buscando afanosos a la famosa tribu de barbudos para tomar fotografías e interrogarlos sobre los misterios del cónclave. Inútil peregrinaje y deseos frustrados. No aparecen por allí los existencialistas. Ni barbudos, ni afeitados. Pero a veces hacen su aparición en grupos, por la vía principal, pasando entre las mesas de los cafés atestados de gente, que ni ha sentido su extraña presencia. Los norteamericanos son los que los siguen y van hasta "Les Caves" donde están los verdaderos nidos de existencialistas que ya no son tantos, aunque han resurgido algo con miras a la exportación o al turismo industrial. Resulta simplemente, que el turis-

mo americano del Norte, precisamente, mató el existencialismo. Tanto se le buscó, tanto se le rodeó y tantos miles de personas llegaron a Saint Germain para verlos, que muchos de ellos se dieron cuenta del "filón" que representaban y ya no fueron otra cosa que un motivo de turismo, motivo sofisticado, falso, hueco y completamente absurdo. Los auténticos existencialistas se desperdigaron por París y, prácticamente no existen como grupo. Pero aparecen para el turista con dólares, en las cuevas o sótanos o "caves" donde se baila furiosamente y donde se cobra también furiosamente. Allí hemos oído una orquesta americana de las más famosas del mundo que era el punto de atracción de la corriente turística citada. Así, la filosofía de ahora, podrá existir y haber sido incorporada a los textos, pero para el viajero, el existencialismo no es nada más que eso: lo que vimos o lo que no vimos y tal cual nos explicaron los mismos franceses de Montparnasse sin darle mucha importancia a los nuevos profetas de la barba y las cuevas de Saint Germain de Pres.

En una visita al Pantheon nos sobrecogimos ante la presencia de las tumbas de héroes y de pensadores. Hace frío en el gran círculo que remata en una enorme cúpula como la de San Pedro en Roma. Pero si hace frío allí por donde penetra el sol anémico de un verano irregular, más abajo, en los cimientos del Pantheon donde están alineados los héroes en sus sepulturas, aquel frío se hace casi polar. El silencio, la escasa luz que penetra por las troneras, la humedad y la atmósfera de encierro, frente a los muertos insignes, nos produce cierto malestar que se agudiza ante el apremio con que el viejo soldado que nos guía quiere terminar la recorrida. Gambetta, Víctor Hugo, Voltaire, Diderot, Chateaubriand, entre otros, reposan allí en paz. El guía, nos ha dicho rá-

pidamente quienes son y cómo eran y lo que hicieron, creyendo sin duda que venimos del Congo o del Senegal. Y después se toca la gorra y extiende la mano y la esconde. Así varias veces hasta que nos damos cuenta que desea que le paguen el breve trabajo.

Se nos antoja una profanación que cerca de las tumbas de los inmortales, casi sobre los mismos muertos, se pida dinero. Pero ya estamos acostumbrados, porque en Europa todo es así y para los europeos, también nosotros, como los asiáticos y los del Polo, somos felices millonarios de los Estados Unidos de América...

En Clignancourt está el Mercado de las Pulgas. Cuadras y más cuadras de tiendas sobre las veredas, con toldos o sin ellos. Es ni más ni menos que una gran feria inmensa e inacabable en una línea recta donde se encuentra de todo. Pero lo mejor del Mercado de las Pulgas está en las callejuelas adyacentes, en los vericuetos del barrio, en las casas sucias y viejas, donde las obras de Sèvres, Limoges y miniaturas espléndidas, labrados maravillosos, cerámicas, piezas antiguas y los mil bibelots de todos los colores, llenan las mesas que también se venden, y son alumbrados por las grandes arañas que se venden también. La corriente humana recorre desde temprano el Mercado de las Pulgas. En una tienda su dueño nos habla en francés, en inglés, en italiano... y después en castellano. Y al saber que somos uruguayos nos dice sonriendo:

—Yo conozco 18 de Julio desde el Gaucho hasta la Plaza Matriz.

Y ante nuestro asombro nos aclara que comercia con tales y tales bazares de la Avenida y que jamás estuvo en Montevideo. Nos conoce a través de las notas, de las cartas, de las facturas, de la conversación con sus amigos, los comerciantes de Montevideo.

También nosotros compramos algo en el Mercado de las Pulgas. Por más pequeño que sea el recuerdo, siempre es un recuerdo de este París que se nos metió en el alma, al parecer para no abandonarnos jamás.

Entre dos brazos del Sena, allá muy lejos en una pequeña isla está el Cementerio de los Perros. Hacia la Puerta de Clichy, muy lejos repetimos, están los perritos que mueren en París y que París entierra religiosamente. Una emoción suave nos envuelve cuando entramos al recinto y aparecen las tumbas llenas de flores, con pequeños jardines, con las inscripciones trasuntando el fervor y el cariño de los hombres: todo igual que si allí hubieran enterrado seres humanos. El cementerio tiene cientos de tumbas con leyendas que emocionan y que reflejan el estado de espíritu, el dolor, y hasta la desesperación, de los amos puros de corazón: "Querido Jack: por lo menos tuviste la dicha de que tu amante te fuera fiel", reza una inscripción que no necesita comentario. Frente a la entrada, un inmenso monumento está coronado por una enorme y bella estatua de un San Bernardo. Dice la leyenda: "Salvó a 41 personas. La 42 lo mató". No hemos preguntado por el significado del epitafio, pero parece claro que una vez más, el hombre mostró su perversidad con su amigo fiel. Hay otras leyendas no menos emocionantes que aquí sería largo enumerar. Hay tumbas de perritos ricos, y como en los cementerios de los hombres, también tumbas de perritos pobres. Tumbas de mármol y perros sepultados en la buena tierra. Flores, tumbas viejísimas y tumbas recién abiertas. Nos detenemos en una que hace tres días recibió el cuerpo de Tommy. Ahora llegan sus dueños y se sientan rodeándola amorosamente y plantan flores, y las riegan, y se quedan allí callados, pensando en

Tommy, el noble amigo que se fue. El cementerio de los perros de París, sobre dos brazos del Sena, allá en Clichy, está hablando de la bondad de los habitantes de la gran ciudad. Podíamos decir que una ciudad que entierra a sus perros, que les lleva flores, y así los recuerda, está poblada de gente buena, que "cuanto más conoció a los hombres más amó a los perros".

SINFONIA EN GRIS MAYOR

Londres

El día 4 de Julio hubo sol. Después ya no hubo más sol en Londres. Nos despertamos, corremos las cortinas y todo está gris. El cielo gris, las calles grises, el parque gris, la gente gris. Todo gris. No se ve un cacho de azul allá arriba o alguna nube como gasa. Cuando cambia el tiempo llueve despacio o fuerte. Después, para el agua y queda flotando una cortina grisácea, fea, húmeda, un manto frío que de noche es helado en este verano inglés.

La gente de esta gran ciudad es amable pero por regla general es áspera y es tosca y hasta si se quiere neurótica. Lucha estoicamente con su educación porque este tiempo lo empuja hacia las malas maneras y hacia la protesta también gris.

Estamos comprendiendo bien a los ingleses. ¿Cómo un pueblo puede tener buena cara cuando su ciudad tiene eternamente mala cara? Los dos tienen

que ir unidos siempre, de la mano y completamente de acuerdo. Los españoles y los italianos son alegres y parlanchines porque se hartan de sol. Los ingleses son resacos, malhumorados y con cara de pocos amigos porque miran hacia arriba y le cae la gota de agua en la nariz.

Es una tragedia esto de levantarse y no ver jamás el buen sol. Significa este tiempo que, quien está en contacto con él tiene que ser fatalmente como él.

Comprendemos a los pobres ingleses y desde este punto de vista humano les tenemos lástima. Todos están apurados, apretujados, metiéndose en el subte, saliendo de él, corriendo, pechándose, yendo a los empleos, apurándose para llegar a los alejados barrios. Todo dentro de una sinfonía en gris mayor que envuelve a Londres en un ropaje triste, mojado y frío.

Aquí, si apareciera un inglés optimista, charlatán, que riera a carcajadas y se tomara la vida en solfa, ese inglés sería tildado de loco. O estaría loco realmente.

Nos asomamos a la ventana. Lluve. Gris, frío. Es un verano triste, pálido, anémico.

Tiene razón el inglés en ser como es. Que siga así. Total nosotros dentro de unos días dejaremos Londres.

HISTORIA DE UNA PIPA

Londres

Richmond Park es uno de los paseos más hermosos y extensos de Londres. Cuando se realizaron en aquella ciudad las Olimpiadas de 1948 vivimos en el campo olímpico levantado en Richmond, durante varias semanas. Rodeando el Parque se levantaban barridos de la capital, todos florecidos en las ventanas con las infaltables macetas y las cortinillas de todos los colores. Putney Bridge y Kingston eran los villorios más cercanos al campo olímpico a donde solíamos ir en busca de tabaco, de golosinas y de "souvenirs". Fue en Kingston donde nació una historia increíble.

La historia completa es la siguiente. Llego a Kingston, villa a media hora de Richmond y a dos horas de Londres, a comprar una pipa. El comercio es pequeño, atendido por dos señoritas muy simpáticas que celebraron las ocurrencias del cronista

que tiene que hablar por señas, hacer gestos y arreglárselas del mejor modo posible para adquirir la famosa pipa. Elijo una que me parece buena y barata. Pago. Y cuando me voy, el dueño del negocio, que viene a mi encuentro, me saluda y como se había enterado de que yo era periodista de un lejano país, hace votos ardientes por la buena actuación de mis compatriotas. Llego al campo olímpico y por la noche, al golpear suavemente la pipa para sacarle el tabaco, ésta se rompe. A la semana vuelvo a Kingston, no a protestar, sino a comprar otra pipa. Y la compro, más fuerte, desde luego. Charlo con las muchachas y otra vez aparece el dueño. Como podemos, se entabla el siguiente diálogo que yo rehago del mejor modo posible:

—¿Usted ya no había adquirido otra pipa en mi negocio?

—Sí, señor.

—¿Y dónde está su pipa?

—Se rompió.

El hombre tiene un gesto de disgusto. Me hace pasar a la trastienda donde vive con su familia y allí me amplía su disgusto:

—Estoy profundamente avergonzado por lo que ha pasado. Usted viene desde lejos, me hace el honor de comprar una pipa en mi casa y se le rompe. El nombre mío y el de mi negocio han quedado malparados. Le pido mil disculpas.

—No se preocupe. No le dé tanta importancia al asunto...

—Al contrario, señor. Estoy pensando en resarcirlo de su pérdida. Vamos a ver. Si compongo ahora su pipa, usted podría creer que es nada más que la obligación de un comerciante honesto. Si le doy otra, podrá pensar lo mismo. Entonces voy a hacer lo siguiente.

Nuestro comerciante trae papel, lapicera y tinta y dice:

—Ponga aquí su dirección.

—¿Qué dirección?

—La de la ciudad en que vive, la calle, el número...

—Pero yo soy del Uruguay.

—Es lo mismo.

Hago lo que el hombre ordena y él me dice:

—Ahora estoy tranquilo. Un día recibirá usted en su casa de la calle Echeverría, en Punta Carretas, su pipa y arreglada. Y comprenderá que nuestra honestidad comercial no es un mito. Y que sabemos cumplir con nuestro deber de comerciantes.

Yo le estrecho la mano, le agradezco todo, pero francamente, no tomo muy en cuenta lo acontecido. Puede ser...

Y fué. Anteayer, recibí en mi casa de Punta Carretas una pequeña encomienda que me enviaba desde el pequeño pueblo de Kingston, el comerciante inglés. Adentro, la pipa y una carta muy amable. El hecho me ha parecido tan trascendental, tan maravilloso y único, que no he podido guardármelo solamente para mí y para mis amigos. Ustedes que también lo son, deben conocer el episodio para creer, como nosotros, que "Inglaterra siempre cumple", aún en estos episodios que parecen intrascendentes como "La historia de una pipa".

La historia tuvo en su momento amplias resonancias aquí y en otros lugares. Radio "El Mundo" de Buenos Aires lanzó al aire un sketch con el asunto central. Los personajes tomaron vívida forma. El dueño de la casa de tabacos, el cronista y otros personajes más, salieron al espacio diciéndole al público que en este pequeño episodio Inglaterra había dado otra prueba de su arraigada honestidad comercial.

Pero lo más importante de la historia se produjo un mes después de publicada la nota sobre el arreglo de la pipa famosa.

Enterado el Ministerio de Relaciones Exteriores de Inglaterra (Foreign Office) de este suceso, se apresuró a hacerle llegar sus felicitaciones a la firma E. Hambridge Ltd. de Kingston on Thames, lo que ha significado un altísimo honor para nuestro ya amigo comerciante en pipas. Este nos ha escrito nuevamente diciéndonos de tal honor y adelantándonos que ha resuelto poner en un marco la nota de EL PAIS que presidirá ahora el salón principal de su negocio.

La traducción de la nota recibida es la siguiente:

"Dn. D. A. Vera. — Echeverría 563. Montevideo, Uruguay. — Estimado señor:

Puede interesar a Ud. saber que hemos recibido por intermedio del Ministerio de Relaciones Exteriores un recorte del diario EL PAIS, con el artículo que Ud. fuera tan amable de escribir, recordando el pasaje de la famosa pipa comprada en Kingston.

Naturalmente, estamos muy contentos al pensar en que Uds. se sienten tan amistosamente dispuestos hacia nosotros y a nuestro país y deseáramos asegurar con toda sinceridad, en nombre de las señoritas vendedoras de nuestra casa que atendieron a Ud. y a sus compatriotas durante su estadía, que fue un placer servirlos, y las dos señoritas jóvenes comentaron con nosotros el gran sentido del humor exhibido por Ud. frente a las dificultades del lenguaje.

Deseamos decirles que es nuestra intención enmarcar el recorte de vuestro diario, como recuerdo a una agradable transacción.

Nuestras felicitaciones.

Muy atentamente, — Por E. Hambridge Lmtd.:
A. O. Nichols, Director".

LA SELVA EN EL SUBTE

Londres

No somos técnicos pero estamos temblando por el porvenir de los montevideanos cuando, dentro de 20 años, tengan que correr de su trabajo hacia su casa por encima de la tierra. Los más previsores ya han aprendido a correr debajo de ella. Alguna vez se dijo que los subtes eran anacrónicos y que ya no servían para nada. Hemos visto, por el contrario en nuestros viajes por Europa que la gente aquí sigue taladrando el subsuelo y haciendo nuevos subtes, nuevos ramales.

No le envidiamos esta vida a los ingleses, por ejemplo, pero vemos en cambio que no hay otro remedio que existir a la manera de los topos. Piccadilly Circus, Marble Arch, King's Cross, Rousell Square, Charing Cross, son otras tantas estaciones bajo tierra, breves paradas de las docenas de trenes que corren a grandes velocidades bajo tierra en

todas las direcciones de Londres. Una selva humana espera, trepa y se va. Chorros de gente salen de las puertas automáticas. Parejas de amantes viajan parados, besándose. Otros fuman. Otras más cruzan las piernas como si tal cosa y como las polleras son "mini" y están diez centímetros por encima de la rodilla, cruzadas así las piernas, piense el lector los cuadros que se ven en el subte. Negros con rubias y rubias con negritos e indios y pakistanos y también japoneses, chinos e hindúes, viajan con los ingleses y los dos millones de habitantes flotantes de este Londres enloquecedor que vive bajo tierra. Cruce de estaciones y corridas hacia las más lejanas plataformas. Escaleras mecánicas que bajan a la selva hasta la profundidad de la tierra o la suben hasta la luz. Un hombre descende en una de ellas y además camina bajando por los escalones, mientras las escaleras también bajan. Lee un libro, lleva paraguas, mastica un chicle y lleva además un perro.

Esto es Londres bajo tierra. La selva corriendo, viviendo y también muriéndose en las cuevas modernas, en estas cavernas subterráneas de la gran ciudad.

ESTO ES EL SOHO

Londres

Tanta novela policial hemos leído sobre los criminales del Soho y tanta aventura tenemos en nuestra mente, a través de los libros sobre lo tenebroso y temible del barrio famoso de Londres, que cuando nos metimos en la madrugada en él, temblamos un poco.

No era para tanto. Allí nadie molesta mucho. Es mejor observar angustiados cómo desfila una multitud casi perdida para el mundo, que vive ávidamente la noche y que se acuesta cuando aparece el sol.

El primer contacto es con un individuo que habla cinco idiomas. En los cinco idiomas nos va diciendo las mismas dos palabras. Hasta que acierta con el español:

—¿Chicas, quiere?

Ya está el clima allí mismo. Después en las avenidas pero especialmente en las callejas, en las esquinas, en los bares, en los restaurantes, en los salones de strip tease, en todos lados, están las chicas de toda edad y condición, de pantalones, de polleras, de shorts, de lo que sea. Multitud de mujeres y de hombres hablando, cruzándose, sacando cuentas, ofreciéndose, trabando amistad al paso.

En los intrincados rincones oscuros y en las altas ventanas iluminadas hay un rumor de multitud extraño y enfermizo que nos dice que allí cada uno se divierte o se entristece a su manera.

Negros, congoleños, malayos, chinos, blancos, melnudos, gente bien vestida y otros andrajosos, se están allí estáticos y caminando, buscando su mercancía, a la pesca de una mujer, haciendo el amor, buscándolo, siempre todos afanados en apurar rápidamente las horas en busca de un placer al paso, de una aventura, de un resquicio de dicha efímera.

El Soho es una inmensa selva humana, parecida al viejo Bajo de Montevideo, pero enormemente más grande con gente de todos los pueblos del mundo. Hay pocos o ningún borracho porque después de las once no se vende alcohol. Pero se vende algo peor y en el brillo de las miradas y en la quietud enervante o misteriosa o macabra de muchos, se adviene la droga que le da al ambiente un toque alucinante, como si allí estuviera Shangai o allí estuviera Hong Kong. El río humano trepa y baja las calles. Las mujeres, la mayoría son jóvenes y hay multitud de adolescentes. No hay policías, al menos a la vista. No hay riñas, no hay nada. Tal vez todo esto es lo peor, porque este mundo del Soho, se desliza, se arrastra casi en el misterio de la noche en un silencio trágico y desquiciante que nos hace

ver de golpe la miseria humana, desnuda y en busca
de un minuto de vida. Pero sin ninguna duda, bus-
cando desesperadamente la muerte.

SUECIA NO ES BERGMAN

Estocolmo

Hemos regresado a Estocolmo después de cinco años los que no parecen haberla cambiado mucho. Tiene, ahora, un millón de habitantes y la misma pulcritud, la misma limpieza, esa cortesía especial de sus habitantes para con el viajero y una delicada manera de tratar al turista. Pero Estocolmo no se ha quedado estática y sigue su marcha ascendente entre las grandes capitales del mundo con menor población. Asentada sobre mil islas está buscando espacio vital y sus arquitectos han encontrado la manera de ensancharla, un poco más lejos del casco de la ciudad. De ahí el surgimiento de las ciudades satélites, de las que los técnicos del mundo tienen buenas referencias. Como por arte de magia se levantan ciudades más pequeñas pero con un funcionamiento ultramoderno. Centros amplios, en círculo, donde el habitante encuentra todo lo que desea ad-

quitar en un espacio reducido. Desde los comestibles a un automóvil. Desde un paquete de escarbadientes a un saco de visón. Más lejos, en los valles, los bloques para la habitación de los ciudadanos entre árboles, prados, luz por doquier. Casas de maravilla, todo color, todo pulcritud. Pero la característica saliente de Estocolmo como de todas las ciudades escandinavas —Copenhague, Bergen, Malmo, Oslo— es el trabajo ahincando de sus habitantes, una firme adhesión al deber, un fuego sagrado por hacer y por cumplir, un sentido de responsabilidad que ha hecho escuela en todo el mundo.

Suecia no es sólo Bergman, poco tiene que ver con las películas tan famosas por estas latitudes, ni tampoco se ciñe su vida por la independencia absoluta de la mujer. Tendrá sus películas sicalípticas y sus mujeres de existencia libre en nuestro concepto y un estilo de vida que a muchos podrá parecer "indecente". Pero cuando un país es ejemplo de trabajo, de realizaciones prodigiosas, de industrias que surten al mundo y muestra hombres y conductores tan capaces, vale poco que sus mujeres usen las mini-faldas más cortas del mundo, llenen dos días a la semana los dancings, tomen también como en Helsinki aquavita y muestren su amor de frente y sin tapujos.

Ni pobres ni ricos. Esta es la síntesis que repiten nuestras guías, amables y hermosas azafatas de SAS. Y es verdad. Se ha logrado un asombroso equilibrio en las capas sociales, de tal suerte que todos están vestidos como los ricos aunque no lo sean. No hay pordioseros, no hay miseria, ni hambre, ni cantegriles. Todos, en cambio, tienen su casa propia con auto, con teléfono, con todas las comodidades de la vida moderna. Todos tienen su chalet de vacaciones. Y es que todos trabajan mucho y

también todos pagan un impuesto a la renta que va de un 25 % al 80 y aún al 90 para los que ganan mucho. Hay gente rica, desde luego, pero si pagan un 90 % de sus entradas, es lógico que no pueden acumular dinero que se estanque, que sea para ellos solos, y que no vuelva a la comunidad. Sin duda, no todos están satisfechos con tal régimen pero dan su dinero de buen grado, porque el Estado se los devuelve religiosamente en obras, en escuelas, en hospitales, en carreteras, en casas habitación. El dinero, pues, circula y fortalece la nación. No se guarda ni se tira. Por eso, todos trabajan y por eso Suecia es una nación feliz y es ejemplo del mundo.

Una noche en el Ambassador. Las atenciones no tienen límite para los ocho periodistas sudamericanos. Banquetes, excursiones, visitas a centros culturales, a lugares históricos. Hemos estado toda una madrugada en el Ambassador, un centro de diversión de alto voltaje. Una cena pantagruélica, con whisky, champagne, vodka, salmón, caviar y la mar en coche. En la pista circular bailan desenfrenadamente jóvenes y viejos. Hay mujeres con mokini. Abajo, una minifalda muy mini y arriba apenas una malla. Muy abierta, además, como si no fuera malla. El contoneo y la locura del baile y esa especie de danza se transmite al espectador que, con el alcohol también se une a la fiesta rápidamente. El redoble del tambor llama al show. Desde el techo baja una pasarela llena de luces de colores, mientras revientan los fuegos artificiales. Por ella entran a la escena diez negras cuyo único vestido son grandes aros en las orejas y un taparrabo mucho más chico que el que usaba Tarzán. Se mezclan en la danza con varias rubias despampanantes, también vestidas solamente con largas caravanas, y el espectáculo es deslum-

brante y eicalípticamente total. Todos han bebido mucho, todos han comido mucho, todos han bailado mucho. A las cuatro nos vamos a apurar el último whisky encima del vodka y del aquavita. Tenemos nuestros buenos guías samaritanos que nos dejan en el hotel. Gracias a Dios. Si no, aún andaríamos por algún remoto país del Mar Báltico.

Sollyden - Skansen. Es un inmenso parque donde está viviendo la historia sueca. Han trasplantado allí casitas del 1700. Dentro, sus moradores con los trajes de época, sus largas barbas, sus amplios sacones, sus rulos. Hay farmacias del 1800, imprentas del 1700, casas de familia de los mismos años, panaderías y casas de comidas. Uno camina en el pasado como en sueños. Nos encontramos en una época remota, junto a personajes que ya murieron, pero que aquí están vivos y nos hablan y nos ofrecen su mercancía. Todo es fabuloso. Todo es milimanochesco. Caminamos por los senderos empapados por la lluvia y por una incipiente nevada que nos va calando hasta los huesos. No nos damos cuenta casi y seguimos. Entramos a una tienda de lapones auténticos. Una carpa estrecha y alta en forma de cono, con un gran fuego en el medio. Fumamos con los lapones. Cuando salimos por detrás, hay un fantástico Mercedes Benz negro. Es de los lapones. Se ha roto el encanto.

Después una cena fría fantástica, nuevamente mucho alcohol y la seguridad de que hemos pasado una noche inolvidable.

Más aspectos sociales. Un obrero especializado o un empleado, gana 40.000 uruguayos al mes. Y más aún. Alcanza, pero no sobra. Pero alcanzando, la gente vive feliz. Los suecos ya se han acostumbrado a vivir en sus casas sin servicio doméstico. Es difícil conseguirlo. Se alquilan apartamentos peque-

ños y casas de pocos ambientes. Las mujeres prefieren trabajar en otras cosas que estar sujetas a una labor que no es denigrante, pero que aquí parece haber pasado a la historia.

Ellos se defienden bien con sus sueldos y su presupuesto. Nosotros no. Con nuestro pobre peso, hemos pedido una taza de café con dos croissants. Total: 160 uruguayos. Cuatro coronas para ellos que son cuatro pesos para ellos. Para nosotros son ciento sesenta...

Centro Industrial. La ciudad está llena de ejecutivos de todas partes del mundo. Acero, maquinaria, industrias de toda clase, centros culturales, premios Nobel, etc. A las ocho de la mañana vemos el desfile, la corriente humana, que se encamina hacia sus ocupaciones. Trabajarán con fe renovada, sin pausas, hasta el sábado. Para divertirse después mucho, para beber hasta las heces la dicha y volver después a seguir construyendo cada día más y mejor un país de ensueño que también es ejemplo para la humanidad.

LA OTRA CARA DE HELSINKI

Saltar de los 30 grados sobre cero de Montevideo a los 8 grados bajo cero de Helsinki no es una experiencia agradable. Además si es preciso hacer una escala en Monrovia, Liberia —donde el viento quemante debe andar por los 40 grados, tal experiencia se torna entonces más desagradable. Pero Helsinki es tan acogedora, tan cordial y también tan extraña que, bueno es decirlo, aleja toda inquietud y pasa todas las escalas del termómetro. Por otra parte, la atención de SAS encima de las nubes, a 12.000 metros, y sobre la tierra, en las ciudades, en los agasajos y en la cordialidad conocida de sus jerarcas, hacen de esta nueva gira un motivo de felicidad y también de agradecimiento.

La capital de Finlandia tiene algo más de medio millón de habitantes forrados contra el frío, encapuchados contra el viento polar y la escarcha. Tiene

también miles de niñas con imposibles minifaldas para la estación cruda. Ellas, empero, muestran sus hermosas piernas como si tal cosa mientras nosotros — ¡oh vergüenza! — nos hemos tapado hasta la nariz...

Esta capital es de edificación unilateral, casas pintadas con colores ocres, edificación antigua, limpia hasta el asombro, cordial hasta la admiración extrema. Helsinki se ha vestido de verde y rojo. Árboles de Navidad en todas las calles y las casas y los comercios. Faroles en la plazas y en las residencias. En las calles del centro, ya aparecieron los barbudos Papá Noel adelantándose a la festividad que aquí, con un 90 por ciento de luteranos y sólo un 2 por ciento de católicos, continúa siendo un rito sagrado.

En una noche helada, con las calles desiertas, Helsinki nos muestra una cara triste. Despertará recién el sábado en todo su esplendor cuando las corrientes de gente de toda edad, especialmente adolescentes tomados de la mano, se encaminen a los dancings para bailar y beber. Entonces Helsinki entrará en su gran momento y nos mostrará su verdadera característica de capital alegre, entregada a la danza, a la dicha y al alcohol.

Ravintolas. En este aspecto debe señalarse que en un país helado donde el día despunta recién a las ocho de la mañana y el sol cae a las cuatro de la tarde, la gran solución es beber. Por lo tanto, las autoridades han implantado una especie de veda; hay racionamiento y sólo se expende alcohol en determinados lugares. Nos hemos asombrado mirando la multitud que entra y sale de grandes comercios que lucen la palabra "Ravintola". Y es que allí se adquiere alcohol, y la felicidad entra por la boca bajando al estómago y subiendo al corazón. Cuando los gases ascienden a la cabeza, todo es dicha. Y

tanto es así, que a las tres de la mañana las chicas andan solas —algunas— y nos invitan con la palabra mágica "¡dancing!", suprema aspiración de ellas en una madrugada del sábado. Pero debe acotarse que la fiesta dura solamente dos días: sábado y domingo. Precisamente la alegría es desbordante porque hasta el otro sábado todos trabajarán sin pausa, todos seguirán levantando en vilo este país que sufrió mucho en la guerra, que perdió Carelia, su zona de mayor riqueza maderera y que, como nos dicen las solícitas guías, "el trabajo es todo y es nuestra felicidad". Y es así en efecto: para pagar un veinte o un sesenta por ciento de ingresos de impuesto a la renta y vivir bien, es preciso trabajar mucho. Para comer y vestirse hay que entregarse de lleno a las más diversas tareas. Y para hacer de Finlandia un país modelo que a ellos los enorgullece y a nosotros nos admira, es necesario tener la responsabilidad de trabajar en los talleres, en las oficinas y en los hogares. Bien está entonces que durante dos días a la semana, toda Helsinki se entregue al baile y tome aquavita.

Tapiola. Helsinki se ensancha y se moderniza y nacen barrios encantados entre los pinos, la nieve, los lazos azules. Allí se levanta uno de ellos, Tapiola, fábula de arquitectos ultramodernos. Bloques para habitación de líneas hermosas, restaurantes públicos de madera y piedra, piscinas, caminos entre el bosque que serpentean entre las plantas ahora sin flores, prados esmeraldas, y prados dorados que nos dan la impresión de habernos acercado al Paraíso. Así nos muestra Finlandia su deseo de marchar rectamente hacia un gran futuro social. Con un 25 por ciento de comunistas bastante tranquilos y una mayoría de los partidos agrario y socialista, este país que no fue muy bien tratado en el reparto

natural, asolado por las guerras, encara seriamente sus problemas, muestra al viajero su fe en el futuro y además nos exhibe su alegría de 48 horas, una alegría sana, necesaria y vital, pues es preciso este breve desahogo para emprender las duras jornadas que permitirán a Finlandia, estamos seguros, integrar el número de naciones que son ejemplo del mundo.

Manerheim, Sibelius, Paavo Nurmi. El mariscal Manerheim, preside la historia; es el héroe nacional y su estatua ecuestre domina una colina. Luchó contra los rusos, hizo maravillas de estrategia, fue un patriota y es todo un símbolo. Sibelius, como Manerheim, ha muerto, pero su recuerdo transita por todo Helsinki y es un nombre para la admiración colectiva y eterna. Paavo Nurmi vive y significa la fortaleza de una raza estoica. Campeón olímpico insuperable, es el ídolo deportivo por antonomasia. Es con emoción que recordamos haber leído su historia y sus hazañas y porque ahora estamos frente a su pequeña casa de comercio, nos estremecemos porque casi estamos tocando un mito. Después, al pasar por Tapiola, preguntamos a una señora guía si algunos grandes bloques de apartamentos tienen dueño. Nos dice que sí; que algunos se levantan con una ayuda del 80 por ciento del Estado. Otros no. Y nos señala dos grandes e inmensos bloques de apartamentos. Son de Paavo Nurmi, el gran propietario. Menos mal; ya se ve que la gloria también puede ser muy bien administrada. Lo que no sabíamos y hemos aprendido aquí en Helsinki.

Sauna. Son famosos los baños de vapor. Más aún que los baños turcos. Consisten en duchas de vapor, que llegan a los 80 grados, pero de golpe, el agua empieza a salir a cero grado. El paso de tales temperaturas, le da vigor al cuerpo, dispone a una

mejor salud y deja al hombre en condiciones perfectas para el trabajo agotador y también con la sed necesaria para tomar mucha aquavita. Eso se nos dice. Y se agrega: "Sólo han muerto cinco o seis personas, pero sin duda eran débiles...". Bueno; menos mal que fueron tan pocas y que eran débiles. La sauna, tal cual se nos informa, hay que aguantarla y quien no la aguanta no es ni fuerte ni buen finlandés. A nosotros se nos invitó a un baño. Dijimos rotundamente que no, porque teníamos interés en regresar a Montevideo en un avión y no en un féretro...

LA GUERRA QUEDO ATRAS

Hamburgo

Un viajante de comercio nos narró la tragedia de la guerra que sufrió esta ciudad. Una ciudad que se ha levantado sobre sus escombros, que mantiene uno de los comercios fluviales más grandes del mundo, que compite en industrias con los centros más poderosas, que tiene ahora una fisonomía especial de gran urbe, tumultuosa, repleta de gente, que es eje del turismo y orgullo de Alemania.

Eramos felices, muy felices cuando se desató la locura, nos dice. Ganamos el primer round y creímos sinceramente en la victoria final. Nuestras escuadras de aviones acababan de deshacer Coventry en Inglaterra y ese episodio fue el principio de nuestro martirio. Los aliados trazaron un plan para destruir Hamburgo en represalia. Tomaron un mapa, cuadrícularon la ciudad y todas las noches y después todos los días, hacían polvo un cuadrado de aquello que era un barrio. Fueron días de espanto. Iba desapareciendo todo. Después llegó el hambre.

Ya nos habíamos comido los perros, los gatos y las ratas. Cuando no había nada que comer, arrancábamos la corteza de los árboles. Pero ya no quedaban ni árboles. Buscamos gusanos en la tierra, alimañas, cualquier cosa. Yo vi despedazar seres humanos que volaron en pedazos. Vi todos los horrores. Cuando ahora se habla de otra guerra no puedo creer en lo que se dice.

Con él recorrimos los barrios. Algunos están aún pelados por las bombas y las casas no han sido reconstruidas. Son pocas, pero quedan aún heridas profundas de la terrible conflagración.

Tomamos una cerveza en un bar. Es domingo y la gente pasea y también bebe. Es feliz. El buen sol resplandece allá arriba y la primavera empieza a vestir con un manto verde las arboledas en torno al gran lago. De pronto se oye un redoble de tambores y asoma por la esquina un escuadrón de soldados marcando el paso. La gente se para, deja sus copas y vemos en sus ojos un entusiasmo profundo y tal vez dichoso.

Si, no debe haber más guerras. Pero el ser humano, desde el fondo de la historia ha aprendido a matarse. Y parece que jamás se olvidará del mandato fatal.

EL ESPECTACULO MAS TRISTE DEL MUNDO

Hamburgo

Fuimos por curiosidad a San Paulí, el barrio infame de Hamburgo, famoso en el mundo por sus strip-tease, casas de "alegría" y todas esas rarezas que el hombre que viaja visita para tomarle el pulso a una ciudad, a un pueblo, y que el periodista tiene la obligación de ver para seguir aprendiendo y para transmitírselo al lector.

En el inmenso barrio de San Paulí hay bares-concerts, docenas de pequeños cabarets, ríos de gente, mujeres y hombres, madres e hijas, matrimonios con pequeños... No sabemos por qué sucede esto pero es así para asombro del lector y para nuestro propio asombro.

En este barrio hay una calle vieja y oscura que tiene el espectáculo más triste y degradante del mundo: docenas de mujeres semi desnudas son exhibi-

das como en un zoo detrás de vidrieras para que el que pasa las observe y si le gustan entre y pague por un rato de amor.

Son mujeres tristes, serias, que miran fijamente, que no se mueven. Son mujeres de cera, obligadas al comercio sexual profesional que además no pueden reír ni hacer movimientos porque allí se exhiben como los maniqués y quien pasa es el que debe optar en definitiva.

Están de a dos en cada compartimento sentadas en sillas, con los pies afirmados sobre un pequeño taburete, mostrándose al hombre que mira atentamente esta mercancía humana.

Es un espectáculo triste, repugnante. Es la hajeza mayor que hayamos visto en tantos años de recorrer mundo y observar miserias humanas. Es algo doloroso y espantosamente cruel.

Pero hay que verlo y hay que escribirlo así, para que el mundo se dé cuenta cabal de que a veces la llamada civilización marcha hacia el despeñadero.

LA CIUDAD FELIZ

Venecia

Llegamos a Venecia por el extenso puente de cemento —para ferrocarriles y vehículos— siempre entre agua, se entiende. Y arribamos después a la estación. Y he aquí que de la estación, a pocos metros del andén, pasamos al muelle y nos ubicamos en la góndola que nos lleva por el Gran Canal y otros canales hasta el hotel. Claro que la puerta del hotel no es otra cosa que otro muelle. Recién entonces el viajero se da cuenta cabal de lo que es Venecia, de su encanto, de su ensueño; de lo distinta que es Venecia a todas las demás ciudades del mundo.

Puentes, canales, callejuelas estrechas —un metro o dos metros— vericuetos y más calles que desembocan todas en más puentes y en más canales. El laberinto de calles y encrucijadas es tal, que nadie podrá saber ciertamente cómo es Venecia si se queda allí solamente pocos días como estuvimos nosotros.

Venecia, podríamos decir, detuvo a la historia. Allí está todo quieto, tranquilo y feliz como cuando los Dux dominaban y desde su Palacio decretaban la muerte de los traidores. El clima es distinto ahora, El Palacio y la Catedral y los pasadizos y las Prisiones y la Plaza de San Marcos sirven únicamente para el turismo. El ochenta por ciento de los que nos movemos en Venecia somos turistas. Turistas de todas las razas y desde luego, con mayoría absoluta de norteamericanos que andan en grupo con sus cámaras y sus dólares por lo cual, toda Venecia—Reino del Turismo sobre las aguas— también anda detrás de ellos.

El bullicio en los pequeños comercios de toda índole, abarrotados de gente, que ríe, grita, bebe y muestra su felicidad radiante, le dan a Venecia ese encanto que nos cautiva. Allí la dicha parece no tener fin y como la gente ha llegado para divertirse y los venecianos esperan a los turistas para vivir mejor, resulta que todo eso forma el poderoso núcleo de los poseedores de la felicidad, al menos en su exterior. Por fin vemos las palomas de la Plaza de San Marcos, el Palacio Ducal, la Basílica donde está enterrado el Evangelista, las Prisiones, el Museo, la espada que dicen fue de Carlomagno, las pinturas maravillosas del Tintoretto y la fábrica de Murano con sus artistas trabajando a la vista de todo el mundo, retorciendo el vidrio, haciéndolo vibrar con los sopletes y dándole formas humanas y animales con sus finas herramientas.

Venecia bulle y se agita pero en paz. Una paz que parece todos van a buscar allí y que es más completa en el Lido, la playa famosa que pese a su fama no resistiría una leve comparación con cualquiera de nuestras playas.

Venecia muestra la alegría chiaporroteante de sus cafés bajo las interminables columnas que rodean la plaza de San Marcos, sus orquestas tocando tangos y buguis y esa gran banda bajo la batuta del Maestro Cavallieri que en la noche tibia bajo la fuerte luna nos hace oír música clásica que suena mejor, que gusta más y que rebotando en las columnas parece hundirse lentamente en las aguas onduladas del Gran Canal.

Allí está todo el mundo, de paso. Y está también Katherine Hepburn, la fea más linda del mundo. Después de admirarla en la pantalla la hemos visto pasar fugazmente con su gran sombrero aludo, pantalones negros, con sus pecas y su pelo rojo y esa voz profunda que adereza su admirada personalidad. La Hepburn viste ropas amplias y no hay elegancia, ni riqueza, ni brillo en toda ella. Pero véase lo que es la naturalidad y la plástica y todo eso que tienen las grandes estrellas; Katherine Hepburn, alta y delgada, mal vestida para los más, está espléndida con todo eso que se ha puesto encima. Es ella, ni más ni menos, la misma del cine y la que nosotros admiramos siempre. Otras a su lado llenas de colgajos y pedrerías y atuendo esplendente parecen, junto a ella, unas vulgares nuevas ricas, con el aparato de su riqueza y con la ordinariéz de esa prestancia rebuscada. La diferencia salta a la vista y es chocante. Pero conste que la mayoría de los que van a Venecia no hacen otra cosa que lo que la Hepburn. Viven "como quieras", nada se les importa de los demás y como a los demás se les importa poco de los otros, he aquí que hemos vivido horas en un Paraíso Terrenal.

Lo de las espadas del verdugo que tenían diez centímetros de hoja y ahora tienen tres, gastadas de tanto cortar cabezas, y ese cuadro de Rubens en el

que aparece una mujer con una pierna más corta que la otra —falla famosa del artista que lo ha hecho más famoso— y las prisiones donde los cautivos se quedaban ciegos por la falta de luz, y la celda misma de Lord Byron donde fue a inspirarse, y todo lo demás, pertenece a la historia y a las guías de Turismo.

Nosotros hablamos brevemente de Venecia como el oasis del mundo; sobre la única ciudad diferente a todas las demás.

Los que estén enamorados que se vayan a Venecia. Estarán para siempre enamorados. Y los que han perdido el amor que vayan también. Lo encontrarán a cada paso, porque la luna, las aguas, el hechizo, la poesía que flota sobre los canales y las góndolas y las canciones de los gondoleros, y los puentes y las callejuelas, no harán otra cosa que hacerlos soñar y pedir a Dios un pequeño consulado honorario para quedarse allí para siempre...

LA COSTA HECHA POR DIOS

Después del triunfo de Peñarol sobre el Milán, por primera vez la delegación aurinegra tuvo la oportunidad de vivir libremente. Lejos de las ataduras y la disciplina férrea de un profesional del fútbol, la embajada tomó por la costa azul desde Génova hasta Roma realizando la tournée en un ómnibus de turismo. Al mismo tiempo, los periodistas también tuvimos nuestro viaje especial bordeando la costa azurra que según se afirmaba y tal cual lo hemos comprobado es el lugar más hermoso del mundo; más que la costa francesa, más que Venecia, más que los paisajes suizos, más que Anacapri. Después de Génova y hacia el Sur, pasamos por Santa Margarita, Portofino, Rapallo Chiáveri, La Spezia Viareggio, Pisa y Firenze. Describir las bellezas de la costa y hablar de la hermosura de las cúspides en la cima de los Apeninos a mil metros de altitud,

se nos antoja una descripción imposible. Los aragayos nos enorgullecemos de nuestras costas, pero ellos tienen también sus costas que aún sin arena nos sobrepasan en bellezas naturales por las montañas con sus cimas pobladas de pinos, de olivos, de viñas y robles y cedros. Tienen ellos el mar verde botella y tienen los valles de todas las tonalidades también en una sinfonía maravillosa de verdes. Tienen además y a cada paso sus villas encantadoras y hoteles y moteles y lagos y puertos y recodos y la inmensidad de los precipicios bordeados de flores y de vegetación lujuriosa.

Hay a lo largo de Viareggio treinta kilómetros de costas —éstas sí de arena— con multitud de pueblitos marinos de turismo, de recreo, llenos de luces en las noches, con sus tertulias en las amplias plazas y sus músicas regionales y una alegría chisporroteante que trasunta una dicha plena y sencilla aunque ello tal vez no sea otra cosa que la expresión del turista y esconda en su trasfondo la miseria y la pobreza de los pobladores. Empero, no puede afirmarse esto porque todos los italianos que hemos encontrado a nuestro paso, todos los buenos italianos que nos hablan, nos sonríen y nos sirven de guía, tienen la alegría en los ojos, el cansancio en las manos, pero por sobre todas las cosas una manera de ser y de vivir que es ejemplo, no por el conformismo fatal, sino por la aceptación de un medio de vida que ellos saben que es así y que no cambiará.

Y aquello de América, "de hacerse la América" y del oro de América, es también aún un sueño, un bello sueño.

Nos hablan de nuestros países, de sus parientes y de las posibilidades de un futuro dorado. Ellos saben también que tal vez esto era de antes y no es

para nuestros tiempos. Y repiten después de la charla, rápida y de paso:

—¡La bella América, sempre lontana, sempre desiderata...!

Pero he aquí que tenemos que acordarnos también de nuestras bellezas frente a aquellos paraísos terrenales. Un guarda de tranvía nos da el cambio, nos habla del precio del pasaje y nos dice ante nuestro asombro:

—Ustedes son de Montevideo.

—¿Cómo lo sabe?

—Por la pronunciación. Por las palabras. Yo trabajé allá varios años y jamás los olvido. ¿Cómo está Punta del Este? ¿Qué bella es Punta del Este...!

Nos hinchamos de orgullo porque todo el tranvía está oyendo la confesión del guarda. Y él lo afirma allí entre Rapallo, Génova, Santa Margarita y Como... ¡La costa tocada por la mano divina de Dios!

Florencia y Pisa son demasiado conocidas para recordarlas. Florencia es el arte, el mundo del arte, la vida del arte. El arte palpita en todos los rincones, en las losas de sus calles, en los templos, en el Palacio Pitti, en la Piazza Vecchia, en todos lados.

Leemos en una placa de mármol empotrada en una vieja casa sucia y oscura: "Aquí Dostoievski escribió «El Idiota»".

La Piazza de la Señoría, la Fontana de Neptuno, la Iglesia de la Santa Cruz con los mausoleos del Dante, de Miguel Angel, Leonardo y de otros genios, nos imponen tanto, nos recogen tanto, tanto nos emocionan, que preferimos el silencio y sólo el recuerdo. Casi, en este aspecto de la fugaz recorrida es mejor una oración que una crónica.

Siena está un poco antes de llegar a Roma. Sus calles son tan angostas que el ómnibus roza las paredes. Cuando la gente se halla en las puertas pe-

netean en sus casas para no ser arrolladas por nuestro vehículo. Cuando nuestro bus se encuentra con un auto, éste retrocede presto, sube a la acera y se queda allí arrolladito para que nuestro ómnibus pase casi tocándolo. Las mujeres se pegan a las paredes y después que pasamos se alisan las faldas y se limpian algo sucio que les dejó el vehículo.

Así es Siena de angosta, de estrecha, de rara, de extraña.

Después, y antes, Pisa y Roma. Pisa y su torre inclinada y su baptisterio y su pobreza y su vejez. Roma opulenta, rica, llena de luces con su millón de habitantes recorriendo las calles. San Pedro otra vez, San Pablo, el Coliseo, los arcos de triunfo de los Césares, todo eso tan conocido y tan bien descrito por otros que tanto saben.

De Milán a Roma, de Bruselas a Milán, de Madrid a Barcelona, todo ha pasado rápidamente en escasos días. Hemos estado en seis hoteles, hemos volado en cuatro compañías de aviación, hemos corrido rápidamente por las arterias de grandes ciudades, trabajando mucho.

Por fin, en un viaje de ensueño, hemos tomado en Roma un Comet 4 de Aerolíneas Argentinas una noche a las ocho y hemos llegado a Carrasco a la una de la tarde del otro día; esto es, quince horas de vuelo efectivo a 10.000 metros de altitud y a 830 kilómetros por hora en la ruta Madrid - Dakar - Recife - Río.

Y aquí estamos. Recorrimos una gran parte del mundo en quince días de enloquecedora actividad y nos parece imposible estar quietos en Montevideo casi sin saber qué hacer.

Pero he aquí que un desasosiego profundo y terrible nos invade en las noches. ¿Dónde estamos? ¿En Bruselas, en Milán, en Madrid, en Barcelona,

en Roma, en Florencia, en Rapallo, en Como? ¿Dónde estamos, señor, dónde? Sabremos realmente dónde, cuando, pasados los días, nos reencontremos a nosotros mismos y empecemos la labor rutinaria de toda la vida. Y esto que hemos descrito para ustedes será nada más que un sueño. Un bello sueño.

ROMA, NOCHE Y DÍA

Roma impresiona de golpe al viajero, por la claridad de un cielo maravilloso, por la limpieza inmaculada de sus calles, por las "fontanas" rumorosas, verdaderas obras de arte. No hablemos de sus monumentos y de la misma historia que quedó para siempre pegada a ellos. Ciudad trabajadora, como todas las ciudades italianas, tiene empero, el sello burocrático, ese desperezarse en los cafés y en los sitios públicos que componen con el fuerte trajín cotidiano y la masa humana de un millón y medio arrastrándose por las anchas vías o las estrechas callejuelas sin veredas, una gran capital, de las más hermosas que hayamos visto. Dejamos como siempre de lado aquella historia, que está allí detenida, estática, que por requetesabida no importa olvidar, y nos detenemos brevemente a admirar a las mujeres más hermosas del mundo, mujeres sin maquillaje.

espléndidas a la luz del sol, vestidas lujosamente, más bellas que todas en su naturalidad encantadora.

El viajero que es periodista se ha acostumbrado a observar lo que a muchos pasa inadvertido y así, ante nuestro asombro por esto de las italianas, alguien nos dice, no una vez sino muchas y en distintos puntos de la ciudad:

—Gina Lollobrigida es famosa porque es estrella de cine. Pero usted está viendo cómo Roma tiene muchas Ginas con menos fama pero también bonitas...

Y es así. Es nuestro primer descubrimiento.

Segundo descubrimiento: Esa estación monumental de ferrocarril debe ser de las más hermosas de la tierra. Los bombardeos que echaron abajo casi todas las estaciones de Italia y que había respetado Roma, también terminaron con la vieja estación. Y he aquí que los italianos se afanaron por hacer de este monumento una obra de arte y ellos, artistas de alma, levantaron un majestuoso edificio ultramoderno donde el mármol y el cristal rivalizan en una obra arquitectónica magnífica.

El viejo cochero napolitano nos lleva por el centro y hace de espléndido cicerone en nuestra primera noche estrellada de la Ciudad Eterna. Está orgulloso el viejo cochero con su ciudad —que no es la de su nacimiento pero nos dice que es “suya”— y lentamente nos cuenta la historia romana aderezada a su gusto y paladar y convencido de que los americanos jamás oyeron hablar de los Césares y del Coliseo. Pero el cochero se entusiasma frente al Palacio de Venecia:

—El Duce hablaba desde ese balcón.

Nuevamente a través del viejito como a través de algunas palabras encendidas de otros cocheros y de mozos de bares y de gente de hoteles, hemos

adivinado el entusiasmo por lo que había hecho el Duce, y cierta melancolía o tristeza por las cosas que pasaron ya a la historia. Tal vez el mismo fascismo que palpamos en Roma como lo habíamos palpado en Milán. "Esto lo hizo Mussolini". "Aquello fue obra del Duce". "En ese balcón hablaba él"... Tal vez esto que hemos visto y oído no sea la expresión fiel del sentir del pueblo. Pero lo mismo nos asombra y nos hace pensar en lo que todos pensarían ante el mismo caso: pasó la guerra pero no lo barrió todo.

La Catedral de San Pedro no tiene bancos y en su vacío parece aún más imponente. Los turistas la recorren continuamente importándoles un comino lo sagrado del lugar y apenas si se recogen ante una pintura famosa u otra obra de arte conocida por los textos. San Pedro aparece así como un edificio maravilloso por su riqueza, casi agobiante por la presencia de los cuerpos enterrados de los santos, excepcional por lo que contiene en riquezas y en pinturas. Pero se nos antoja que San Pedro, la Catedral de la Cristiandad pierde su seriedad y su fuerza histórica ante este turismo comercial que desborda todo lo sagrado, y todo lo santo, debido al tropel de viajeros con shorts y cámaras de cine y de fotografía, ávidos de tomar cualquier nota y empujándose continuamente, como si en lugar de San Pedro nos encontráramos en la Vía Apia... Menos mal que nuestro espíritu se reconforta y se emociona en seguida ante un inusitado espectáculo que no esperábamos.

El guía que está más aburrido y distraído que los turistas norteamericanos, nos dice con entusiasmo:

—Van a ser las doce. El Papa dará la bendición desde la ventana de su apartamento.

Allá vamos todos. Unos tranquilos, como nosotros, otros corriendo con sus cámaras prontas como si fuera a salir el toro.

Justo cuando las campanas de San Pedro acaban de dar las doce, estamos en la Plaza y se abre lentamente el penúltimo balcón, allá arriba, sobre uno de los edificios del Vaticano. Aparece una figura blanca y esfumada y su sola presencia hace arrodillar a los más y aplaudir a otros grupos. Somos mil personas que presenciamos la aparición del Papa Pío XII, que lentamente levanta las manos mientras otro grupo agita sus pañuelos. Después da su bendición y se retira. Sólo breves minutos estuvo el Pontífice asomado a su ventana y hemos creído que había pasado una hora. Tal el sentido emocional de la ceremonia y de sobrecogimiento que nos invade cuando vemos una figura célebre que sólo conocíamos en las estampas y en el cine.

En seguida, casi nos agarra un automóvil. Pensamos entonces en los milagros y nos asustamos de que en momentos así, los autos tienten a Dios.

Villa Borghese, la Catedral de Santa María con su techo de oro, San Pablo y las mil obras de arte se nos meten en los ojos como una borrachera, por la veloz recorrida de los guías, por el apremio del tiempo y porque ansiosos de apreciarlo todo, el viajero ve las cosas como a través de una película rápida. En cambio, las Catacumbas son algo que impone y entonces la película del recuerdo empieza a pasarse en "relantisseur". Los estrechos caminos subterráneos, las tumbas de tierra donde estuvieron sepultados los mártires, el silencio —ahora sí— y la oscuridad oscilante al resplandor de las velas que lleva adelante de esta nuestra procesión un sacerdote, nos vuelven a los tiempos en que el cristianismo predicaba y moría por la doctrina de Jesús.

Las limpias y blancas calles romanas, las ruinas del Imperio y aún las riquezas históricas empalidecen ante la presencia del pasado que está pegado a las paredes de tierra negra en las Catacumbas de San Vicente.

Roma se divierte, baila y se emborracha en la noche. Proliferan los "night clubs" y Roma es ahora sí, una ciudad de turismo al cien por ciento. El pasado muere de noche con las sombras bajo la luz de los tubos de gas neón cuando los turistas acompañados de las bellísimas italianas se dedican a vivir intensamente en los cabarets y lugares de diversión. Roma la Eterna, da entonces, paso a la Roma Moderna quintaesenciada de snobismo y de danzas exóticas. Entonces, la capital del viejo Imperio o la capital de la nueva Italia pasa a ser una población común, al estilo de Venecia, abarrotada de turistas, todos viejos, aburridos, cansados y vestidos con las ropas más estrafalarias. Roma es seria y sagrada en el día y se enloquece con la noche, se olvida del pasado y quiere vivir intensamente.

Es, en fin, la "Roma Ciudad Abierta" a todos los apetitos del mundo.

MAS CERCA DEL CIELO

Nápoles

Nápoles no es monumental, a la vista del viajero, ni moderna ni antigua, pero gusta porque muestra una alegría que rebasa todos los límites imaginables. El napolitano ríe, canta, gesticula, discute, es gritón, y ese dialecto que es un verdadero trabalenguas a 100 kilómetros por hora, le da el toque final al habitante pintoresco, llano y simpático de la ciudad del Vesubio. Y queríamos ver el Vesubio pero no tuvimos necesidad de buscarlo mucho porque el habitante de Nápoles tiene especial orgullo, en mostrarlo.

Una ciudad que desde allá arriba resbala hasta el enorme golfo formando un maravilloso anfiteatro que después se va extendiendo en costas azules, de aguas verdes, hermosísimas y que tienen los nombres mundialmente famosos de Santa Lucía, Castellamare, Sorrento.

Nápoles está tan descuidada como la vestimenta de sus habitantes. Allí no se fijan mucho en el traje ni en las calles. Pero el napolitano se las ha ingeniado para que el viajero guste de la música, del ambiente pimpante de la población y se olvide así de la falta de asco o de la misma pobreza que ya está flotando como primera avanzada del Sur italiano, que es muy pobre, comparado con el resto del territorio.

—Trabajamos en la viña y cuando llegan los barcos, y cuando podemos. La gran industria no está por aquí. Pero tenemos un corazón alegre y muchas mandolinas.

Y esto es verdad. La alegría napolitana salta de los altos cerros y baja corriendo hasta la rambla metiéndose por los jardines y los kioscos donde venden refrescos, pescados y ostras, las ostras más ricas del mundo. Estos jardines tienen sus tienditas para enamorados. Cerradas discretamente, a oscuras, el mozo sirve casi sin mirar a la pareja y se va, mientras allí cerca, la música desgrana lentamente las canzonetas, y las voces se unen a otras voces que hacen de la rambla algo carnavalesco por los faroles de colores, las exóticas vestimentas de verano y el fuerte colorido de las plantas, la gente y los faros que alumbran la rambla.

Nápoles es famosa porque sí, pero especialmente por Pompeya y por Capri, el paraíso terrenal. Pompeya está cerca y la ciudad olvidada ya ha sido desenterrada en sus tres cuartas partes. Allí se muestra a todos los públicos del mundo una civilización quintaesenciada. El refinamiento había llegado a tal altura que están presentes aún y marcados en las piedras de las calles, los signos de la degeneración. Así, muchas veces, las mujeres turistas son apartadas con delicadeza de una calle, para que los hombres

solos vean algunas imágenes, algunos cuadros, todo eso que era impureza y sensualidad.

Está intacto aún el maravilloso color rojo, azul, negro, de las viejas casas patricias, estuque que sólo podían hacer los pompeyanos y que jamás nadie pudo imitar. Y los grandes patios, y los impresionantes vaciados de los niños y los animales, sorprendidos por la lava cuando huían o cuando se hallaban en el baño; y hasta los burdeles, donde el amor se vendía por medio de avisos en forma de dibujos, que el tiempo respetó también para asombro nuestro y espanto de los más castos.

Había allí veinte mil habitantes tan civilizados, que el museo muestra muchas cosas de ahora; instrumentos de dentistas, de médicos, de manicuras; finos collares y anillos de oro. Y dados cargados además... Ya se ve que nosotros, no hemos inventado nada.

A una hora de Nápoles está Capri, el paraíso del mundo. Pasamos frente a los famosos Santa Lucía, Sorrento y otros lugares paradisíacos conocidos. Navegamos sobre un mar verde jade, de aguas profundas. Allá lejos, aparece un enorme peñón, altísimo. Es Capri. Lo rodeamos y ya estamos frente a un puerto de turistas y a hotelitos de turistas, colgados como nidos multicolores de las estribaciones de la montaña que sube hasta el cielo en tirabuzón. Capri, con sus cuarenta grados y sus colores fuertes y la ausencia de trabajo, y sus playas, y sus restaurantes, y dentro de ellos los spaghetti y el Chianti y los cantores y las mandolinas, nos hunde en una especie de sueño del cual no quisiéramos despertar. Abajo, las muchachas con shorts de todos los colores, fuman y decansan. Más arriba, Capri muestra el mismo maravilloso panorama, pero ya con la ventaja de ver lejos el mar azul, sentir el fresco, beber el aire sa-

lado, tener más alegre el corazón. Y subiendo siempre, por la escarpada cuesta en redondo, bordeando la isla, dejamos allá abajo a Capri, para entrar en Anacapri, el reino de Munthe con su "Historia de San Michel", viviente y palpitante, en su castillo, las ruinas romanas por él desenterradas, los corredores sombreados por las enredaderas que parecen enlazarse ya en las nubes.

Si Capri es el cielo, Anacapri es el séptimo cielo. Después vamos a la Gruta Azul, en las entrañas de Capri. En la roca viva, hacia el este, la piedra gris tiene una entrada de un metro de alto por dos de ancho. Las olas suben y bajan y pegan con rabia porque el mar se ha encrespado al mediodía.

La Gruta Azul es una bóveda de unos 400 metros cuadrados por 3 de alto, de un azul purísimo, que se refleja en las rocas también purísimas en su azul. Azul es el aire, los botes, los boteros, nosotros. Es un mágico golpe de luz que se cuele por la puerta de roca de la entrada, resbala por las aguas y estalla hacia adentro bañando de azul todo lo que toca. La Gruta Azul es eso: una inmensa gasa impalpable que tiñe las rocas mojadas y el techo de bóveda, y los hombres, que parecemos allí en la semioscuridad fantasmal, sombras pintadas al azul.

Quien va a Italia tiene que conocer Nápoles. Quien llega a Nápoles debe ir a Capri; mas, el que sube hasta Capri debe remontarse hasta Anacapri, y siendo así, sería pecado no bajar a la Gruta Azul.

LAS CAMPANAS DE CRISTAL

Praga

El trabajo en cristal es una de las grandes industrias de Checoslovaquia y uno de sus motivos de mayor orgullo. Todos los comerciantes quieren mostrar al viajero la vieja ciencia en el tallado y en el templado de las copas, los vasos, los floreros, las fuentes. Llegamos a una de las grandes casas donde, se nos ha dicho, veremos maravillas. El principal nos recibe, nos muestra las distintas dependencias, habla de precios —todo se vende en dólares y nada más que en dólares— y luego nos lleva hacia arriba con el rostro misterioso como quien desea darnos una gran sorpresa. Y nos la da sin duda alguna.

Es un salón cuadrado con grandes vitrinas donde hay fortunas en formas talladas en cristal. El hombre apaga las luces eléctricas y cuando todo está oscuro, enciende otras dentro y detrás de las copas y los jarrones tallados, de diferentes colores. El espec-

táculo es grandioso y extraterreno. Al mismo tiempo el personaje toma tres copas inmensas —de no menos de cuarenta centímetros de alto—, las hace entrec chocar entre sí y oímos un suave ruido de campanas que crece al tiempo que el comerciante aumenta el choque entre ellas. Se produce entonces el ruido más fuerte y sonoro de las campanas de cristal que rebota en las paredes y vuelve a nuestros oídos. Las ondas duran segundos y parecen recorrer la habitación y volver a las copas. Después, toma las tres copas, las aprieta contra una mesa, les da un rápido golpe con los dedos, y las copas giran sobre sus pies primero lentamente, y luego más ligero hasta llegar al máximo de este baile cristalino cuando las bases parecen apurarse solas en una serie de vueltas casi mágicas.

El hombre nos mira sonriente y satisfecho. Nosotros tenemos ganas de aplaudir como en un circo, pero sólo preguntamos tímidamente por los precios. Cuando nos dice cómo es eso, agradecemos y salimos con la cabeza gacha.

Un hombre con dinero, de buen gusto, un tipo de calidad, millonario, se compraría él solo, todo el comercio. La angustia nos crece adentro mientras resuenan, también muy adentro, las campanas de cristal.

El Cairo

La delegación de cien periodistas que invitados por una compañía de aviación visitó la ciudad de El Cairo en 1959, que entrevistó a Nasser, que penetró en las profundidades ya menos misteriosas de las Pirámides, fue agasajada una noche de cielo estrellado en pleno desierto. La fiesta se realizó en Sahara City, sobre la arena, cerca de los aduanares, a cien kilómetros de la capital. Sahara City no es otra cosa que una serie de carpas levantadas sobre la arena del desierto. La principal es inmensa; un lugar para jeques y mandatarios, de paño rojo recamado en oro, sostenido por largas y finas columnas de madera torneada. Adentro, alfombras de Esmeralda, mesas bajas de cobre labrado, "puffs" hechos de cuero de camello y ribeteados de todos los colores.

Los automóviles devoraron la distancia patinando sobre la arena tomando caminos pavimentados, zigzagando siempre y pasando por los miserables aduareles donde los habitantes del desierto viven una existencia extraña e imposible, junto a sus cabras famélicas, sus mulas esqueléticas, sus mujeres de ojos negros con la cara tapada y ellos, los dueños, mirando pasar el tiempo mientras tomaban su café o fumaban sus pipas de un receptáculo de cobre y largos tentáculos de goma rematados con una boquilla dorada.

Sahara City se ha levantado en pleno desierto para que allí se realicen feéricas fiestas en honor de los turistas distinguidos.

Penetramos un poco sobrecogidos de miedo. Cruzar el desierto de noche es siempre una experiencia apasionante. Encontrarse con derviches errantes, con caravanas de camellos, con todo eso tan extraño que alguna vez leímos en los libros o vimos en el cine, casi se nos antojó un sueño. Rodábamos sobre la arena roja hacia el misterio.

La entrada fue triunfal. Nos esperaban los mandatarios de pacotilla, los sirvientes con alfanjes, gorros dorados y pantuflas puntiagudas, doncellas prontas a realizar la danza del velo, jeques del lugar, sheiks de bastante fama y toda su corte de acompañantes, amigos y lacayos.

Allí había luz eléctrica, whisky de la mejor etiqueta, caviar, salmón ahumado. Y los manjares del lugar.

Una orquesta de violines de una sola cuerda, flautas de caña y una especie de tambor, animaban la fiesta. Luego de algunos números a cargo de una especie de prodigio del desierto que hacía juegos malabares con un bastón, hizo su aparición la "vedette" número uno de El Cairo, una bailarina maravillosa, semidesnuda, apenas tapada por tenues velos rosa-

dos. Una espléndida mujer de armonioso cuerpo que se contorneó durante una hora, realizando todos los movimientos sicalípticos inimaginables; y probó su resistencia cayéndose casi, siempre bailando, sobre los asombrados espectadores, ora apoyándose y quedándose allí sobre sus rodillas, ora acariciándolo suavemente para saltar conseguida a la pista y seguir su danza asombrosa.

A las tres de la mañana la fiesta estaba en su esplendor y el baile con el "boogie-boogie" y la música moderna se había posesionado de los periodistas e invitados. Llegó un fotógrafo, tiró su flash y al cuarto de hora nos regaló cajas de fósforos con la efigie de la pareja en la tapa. Apareció después algún otro mago del desierto, siguió la alocada danza adobada por el alcohol, regresó el prodigioso mago de los bastones, y cuando salía el sol, regresamos a El Cairo.

Presenciamos el espectáculo imponente de las Pirámides haciéndole sombra al desierto y la Esfinge, todavía en penumbra, como una imagen del pasado. Cuando nos acostamos en el Hotel Hilton, y desde nuestra cama admiramos una vez más la corriente del Nilo milenario, creímos un poco en un sueño de maravilla o en una aparición de los Dioses. Pero todo había sido realidad. Y para siempre habríamos de tener en nuestros mejores recuerdos aquella fiesta en Sahara City, muy adentro en el desierto, aderezada con el mejor licor y con los bailes de las mujeres semidesnudas tapadas apenas por suaves velos de tonos rosados.

Nos despertó un sirviente con pantuflas en punta, alfange, gorro dorado y cinturón de plata. Tenía en sus manos el desayuno, los diarios de la mañana y una sonrisa profesional en los labios.

El Nilo seguía corriendo hacia el Mediterráneo y nosotros nos aprestamos ya a regresar a la civilización de Suecia y dejar, para siempre tal vez, el sueño del Egipto milenario.

EL INFIERNO DE GAZA

I

En 1959 el cronista visitó el Medio Oriente y estuvo una semana en Egipto. En esa ocasión, tuvo oportunidad de llegar hasta la franja de Gaza, escribiendo dos notas sobre el problema candente que entonces como hoy había transformado el lugar en un polvorín. Las cosas no han cambiado en absoluto en nuestros días.

El Gobierno de Nasser tenía especial interés en que los periodistas visitaran la faja de Gaza, motivo de eterna discordia entre la RAU e Israel y verdadero polvorín del Cercano Oriente, donde la guerra está siempre por estallar. El interés del gobierno egipcio se explicaba fácilmente y no necesita comentarios aclaratorios. El interés periodístico era también firme porque estábamos cerca de una de las zonas de disputa internacional y no perderíamos la

oportunidad de ver de cerca los campos de desplazados, hablar con los refugiados y sacar nuestras propias conclusiones.

Un avión militar ha sido puesto a nuestra disposición. Volamos 250 kilómetros en busca del primer puesto de control. Bajamos en El Arich, la pista egipcia, y vamos en ómnibus hasta el límite donde vemos la brigadas internacionales que ejercen estricto control sobre nosotros. Les toca a los norteamericanos retirar los pasaportes y dado el salvoconducto, seguimos nuestro camino atravesando una vasta zona del desierto. Vamos a 100 kilómetros por hora rodando sobre una excelente carretera que corta el desolado paraje, calidad de camino que no hemos visto en el Uruguay pero que cruza los aduares de los beduinos, pasa por algún campo de maíz raquítico, zigzaguea entre las tunas enanas y se mete en las ardientes arenas en busca de Rafha, el primer campo de refugiados. En realidad hay allí una cadena de ocho campos de refugiados con 140 mil personas desplazadas. Nuestro punto de observación tiene solamente 40 mil personas, cantidad mínima comparada con un millón de seres humanos que se hallan allí y en otros lugares, esperando inútilmente la solución a un pavoroso problema que, estamos seguros, jamás tendrá fin. Rafha no es otra cosa que un montón de pequeñas casas bajas hacinadas entre callejuelas de tierra. Las habitaciones son de adobe de tres por dos y medio y en cada pieza viven siete y ocho personas.

La gente tiene aspecto miserable pero, más que esto, en los ojos y en los ademanes nerviosos, el miedo, el dolor, la tragedia. Vemos el gran drama del mundo en estos miles de seres humanos como nosotros, que no tienen patria y cuyo calvario no terminará jamás. Ellos no se han habituado a este me-

de vida. Gritan por sus hogares lejanos, piden el regreso a Israel, protestan y se mueven convulsivamente. El griterío es ensordecedor y las lamentaciones se levantan hasta las nubes, pero tal vez no lleguen al cielo. Cientos y miles de niños lanzan un sordo rumor de protesta a los que hacen coro las lamentaciones de las ancianas. Nos presentan varias familias y la traducción de sus palabras es siempre la misma:

—Queremos volver.

Se sabe ya que ellos estaban en Israel y fueron desplazados creando un grave problema que las Naciones Unidas han tratado de solucionar creando este terreno internacional, tierra de nadie que está bajo el mando de las fuerzas de la UN, pero donde se permite la gobernación egipcia, por intermedio de un militar de alta graduación. Nosotros no creemos que este Vía Crucis tenga alguna vez fin. Están en juego problemas raciales, religiosos, odios. No hay tregua ni habrá paz. Después de visitar Gaza, nosotros creemos que la franja será siempre un inmenso campo de disputa y de desplazados, que irá creando problemas propios por el crecimiento vertiginoso de la población —allí los hijos nacen continuamente y además no hay otra cosa que hacer...—; y también por las fricciones internacionales, que sin duda, seguirán agravando el problema.

Allí la vida es primitiva. Reciben raciones de las Naciones Unidas, duermen sobre jergones o esteras, tienen vasijas de lata y para cada cien habitantes existe apenas un w. c. Los niños no aparecen desnutridos pero lo que importa allí es el gran drama social por encima de otros problemas que son secundarios, aunque parezcan graves. Esa inmensa masa de hombres, mujeres y niños, gritando e im-

plorando nos sobrecoge, nos emociona, nos impulsa a la nota agria cuando se produce un hecho insólito, inesperado, que debe ser narrado.

En momentos de los reportajes y de las preguntas, aparece por allí y como por arte de magia un grabador y un micrófono, y un locutor improvisado anuncia "que los periodistas sudamericanos le dirán al mundo de la tragedia que están viviendo". Efectivamente: algunos colegas sudamericanos toman el micrófono y dicen lo suyo, conmovidos por el clima y por la angustiante situación del momento. El locutor le alcanza el micrófono al cronista, quien dice textualmente:

—“No hablaré para ustedes. He venido en una misión especial y no a hacer propaganda política. Por lo demás, media hora de observación no me permite dar una opinión sobre el asunto. Ustedes han grabado las palabras de mis colegas y luego, en El Cairo será montado el programa y radiado al mundo. No hablo, pues, y me disculparán. Protesto por este medio de propaganda inhábil y contraproducente”.

Al cronista no se le reprochó nada. Se grabaron gritos de niños, se trajo al micrófono alguna viejecita que lloraba, se hizo hablar a un padre de familia cuyos parientes “habían sido muertos en Israel” y en general, lo que es sin duda tocante, grave, inhumano, y que imploraba al cielo, se convirtió en opinión del cronista en una burda mistificación por obra y gracia de un afán publicitario de corte político internacional que rechazamos con todas nuestras fuerzas.

Cuando regresamos a Gaza entrevistamos al Gobernador, quien fue claro en sus expresiones y tajante cuando los cronistas lo acribillaron a preguntas.

Porque el Gobernador Kamal El Mahadi Kemeida dijo: "Somos un país pacífico. Pero si quieren la guerra la tendrán".

II

Gaza, ciudad bíblica de 40.000 habitantes, tiene la fisonomía de todas las ciudades del Cercano Oriente: casas de crema rojiza, callejuelas tan estrechas que apenas pasan por ellas cinco personas, desniveles de terreno debido al cual se entra a las casas directamente desde la calzada o se suben veinte escalones hacia los patios descubiertos con parrales y flores. La ciudad está bañada por el polvo del desierto, esa arenisca que se nos mete en la garganta y nos enrojece los ojos. Gaza ha mirado pasar el tiempo sin cambiar; parece que aún Sansón —según la narración bíblica— camina por las estrechas callejuelas después de haber derribado las puertas y peleado con los filisteos. Estos recuerdos, la atmósfera de quietud, de silencio, de observación profunda de sus habitantes mudos, le han dado el toque de ciudad dormida, de ciudad muerta o tal vez de ciudad que está reconcentrada en su pasado esplendor, orgullosa tal vez de su historia milenaria.

Pero no bien hablamos de nuestra misión, milagrosamente, se forman los corrillos, surgen los parlamentos y los solemnes señores del lugar se reúnen en círculo, sentados en bajas sillas, para brindarnos su café y sus licores y decirnos algo de lo que es la política allí y lo que conviene hacer.

Poco antes de entrevistar al Comandante de la guarnición, somos presentados al obispo ortodoxo del lugar. Nos dice unas palabras de salutación, en

el amplio patio de viejos postes donde se enroscan las parras, y uno de sus ayudantes nos espeta un largo discurso explicando el problema árabe - judío, incitándonos a decir al mundo que la razón y la verdad está de parte de los árabes.

Allí también cuando se nombra a Nasser, se aplaude calurosamente y con espontaneidad. Nasser es un auténtico caudillo que está profundamente arraigado en todas las conciencias de los habitantes de aquellos pueblos.

La comitiva se retira ahora hacia el sector de los católicos. Si el obispo ortodoxo había sido claro en sus expresiones políticas, este sacerdote católico, Fatrun Hanna Ninmpi, que habla tres idiomas y que expone su doctrina política con claridad y con unción, es tal vez aún más partidario de Nasser y de sus métodos. Ante una pregunta difícil responde sin titubear: "Jamás Roma reconoció al Gobierno de Israel. El Papa, por lo tanto, no está con ellos. La verdad está con nosotros". Explica después largamente en qué consiste la política de la RAU en el problema, alarga su discurso con algunas incursiones hacia la filosofía y termina —ante nuestro pedido de urgencia— expresando que el problema lo habremos comprendido y seremos portadores de la verdad. También allí se han reunido los notables católicos del pueblo, como se habían reunido los otros notables con el de la iglesia ortodoxa, y ellos asienten con los términos del sacerdote y se muestran cordiales con nosotros, dándonos café y obsequiándonos con licor y cigarillos.

El Coronel Kamal El Mahadi Kemeida, Gobernador de Gaza, nos recibe en la amplia sala central de un gran edificio amarillo donde tiene asiento la Gobernación. Se sienta entre varios militares que nos presenta, uno a uno. El Gobernador

es un hombre alto y fuerte, de bigotes recortados, de amplia sonrisa y mira siempre hacia el frente y no hacia nosotros. Observa siempre, sobre la ventana abierta y mucho más allá; después de la frontera. Sus respuestas son rápidas y no cambia jamás de posición. Jens Skybak le traduce al inglés nuestras palabras y un árabe toma el inglés y le habla en su idioma al Gobernador. El cronista debe ser quien rompe el fuego y además el que hace más preguntas.

—¿Cree el señor Gobernador que este problema tendrá alguna solución?

—La solución no depende de nosotros. Depende de otros.

—¿Cuáles son los otros?

—Los israelíes, las Naciones Unidas.

—¿Y qué pueden hacer ellos?

—Deshacer lo hecho. Arreglar lo que han deshecho.

—Pero, ¿no podría la RAU absorber contingentes de desplazados, llevarlos a sus países, darles trabajo, adaptarlos, buscarles la felicidad?

—No. La única solución es que todos ellos vuelvan a Israel, a su país, a sus casas, a sus tierras.

—¿Todo el millón de desplazados?

—Todo, si señor.

—Pero, ¿si eso fuera imposible? Realmente lo es. ¿Qué puede hacerse?

—Nada puede hacerse y nada haremos. Las Naciones Unidas han creado este problema. Son ellos los que tienen que resolverlo, repite nuevamente.

—¿Hay fricciones en la frontera?

—Las hubo. Ahora no.

—¿Por qué ahora no?

—Porque patrullan las tropas de las Naciones Unidas.

—¿Usted cree que si no estuvieran las patrullas internacionales se producirían choques?

—No tengo ninguna duda. Ellos atacarían.

—¿Y ustedes?

—El Gobernador ríe y responde:

—Somos un país pacífico. Pero si quieren la guerra la tendrán.

Hay otras preguntas del mismo tono con parecidas respuestas. El Gobernador se impacienta cuando los periodistas piden una solución aparte de la imposible del regreso de los refugiados a Israel.

El cronista le dice al Gobernador ante una alusión suya que en América conocemos a fondo el problema, que para nosotros no es nuevo y sabemos cómo surgió y cómo se solucionaría. Responde:

—Ahora que lo han visto, vayan a sus países y digan la verdad y honestamente.

El cronista responde:

—Señor Gobernador: en nuestros diarios se dice siempre la verdad y se escribe con honestidad.

Inmediatamente Kamal El Mahadi da por finalizada la entrevista, siempre mirando hacia la ventana, hacia lo lejos, hacia la frontera. No se despide de nadie. Después nos recibe en el Casino de los oficiales con un excelente almuerzo.

Regresamos de tarde y allá arriba los aviones blancos de la UN patrullan el cielo en forma incessante. Un poco más lejos, 680 hombres de Brasil y cientos de otros países, vigilan y caminan por los límites de la faja de Gaza.

Jamás vivimos tan de cerca un clima de guerra.

AFRICA, ENCANTO, MISTERIO

En 1965 Alitalia nos invitó a visitar el sudeste de África. Alitalia extendía sus líneas hasta Tanganyica llegando a la capital de esa provincia de Tanzania —Tanzania es un joven país compuesto de Zanzíbar y Tanganyica— y deseaba que un grupo de periodistas de todo el mundo participara en los festejos que se habían programado a raíz de este feliz acontecimiento.

Nuestro propósito

El viaje en un Jet DC8 se realizó hasta Roma —via Milán— donde esperaban otros grupos de invitados especiales. Aquella compañía agasaja a sus huéspedes con recepciones principescas. No extrañó entonces que los almuerzos y las cenas a nueve mil metros de altura y a más de novecientos kms.

por hora configuraran verdaderos acontecimientos pantagruélicos. Lo más refinado de todas las mesas más refinadas del mundo estuvo frente a las butacas de los invitados. Roma fue apenas una breve pausa en el sueño de un rey, porque el hospedaje en el Hotel Ritz fue una continuación de las fiestas en el palacio aéreo. Y cuando la delegación salió hacia Dar El Salaam, vía Nairobi, en un vuelo directo, nosotros teníamos la impresión que el viejo y castigado hígado iba a protestar airadamente por tanto agasajo y por tanto alcohol de la más pura calidad. No fue así afortunadamente, y la resistencia hepática marcó todos los records porque también en aquellas ciudades de la selva y en otros lugares más, los seleccionados menús y los afamados vinos nos esperaban aún detrás de un legendario boabad, a una hora de asombrarnos ante una tropa de cuarenta elefantes, poco después de ver cruzar a veinte jirafas junto a nosotros y luego de admirar la siesta de cinco leones o la observación profundamente humana de cincuenta grandes monos clavándonos sus ojos de vidrio brillante.

Safari fotográfico

No. No cacé ningún león. Simplemente los 54 invitados participamos en un apasionante safari fotográfico en contraposición, afortunadamente, al safari de sangre y de muerte que se lleva a cabo en otras zonas de Africa. Nosotros recorrimos miles de kilómetros de selva donde es posible observar a las fieras desde muy cerca, a contados metros, tomarles fotografía y admirar al animal en plena libertad. Eso es todo y es mucho. Los invitados gozaron de largas carreras en camionetas especiales y en jeeps que zigzaguearon por todos los sitios de "las áreas

de conservación" donde es posible estar junto a las fieras —a algunas— pero jamás incomodarlas, tirarles o matarlas. Quien, en una de estas áreas, mate a una fiera, puede ser fusilado por las autoridades de aquellos países. Y es tan estricta la reglamentación en cuanto a la tranquilidad de los animales en aquellos inmensos parques —más grandes que nuestro país— que está prohibido hablar en tales excursiones. Un guardia negro fiscalizador va junto al conductor y quien hable fuerte, levante la voz o grite, deberá pagar 250 dólares de multa por violar una reglamentación que es estricta y es implacable.

Fuera de estas áreas existen las otras donde se puede cazar y matar fieras. Las caravanas salen también de Nairobi, de Dar El Salaam, de Arhusa y de Nyara, hacia la selva virgen. Pueden matar determinado número de fieras, perfectamente controlado. Tienen que pagar más de dos mil dólares por el derecho a cazar y más del doble en un total para montar las caravanas y hundirse en la selva. Pero todo esto no es para nuestro viaje y no es tampoco nuestro tema. Nosotros vamos a participar de un inocente —a veces...— safari fotográfico o de excursión, que igualmente cuesta a quien desee gozarse algo así como seis mil dólares, más los viajes de jet, hoteles, atención especial, excursiones, baños en piletas de agua tibia, hoteles de gran categoría con aire acondicionado, negros negríssimos en permanente atención junto a nosotros, copas de champagne, menús franceses e italianos y... la mar en coche...

Hermoso sueño

Desde el día 4 de abril hasta el día 23 he vivido un hermoso sueño. Tal vez el mejor sueño de todos

los sueños que configuran los grandes viajes por el mundo. Deseo y pretendo que a través de estas notas el lector viaje también junto a nosotros, los invitados. La mejor manera de escribir en un diario es comunicarse con el lector, de tal modo que el lector también viaje con nosotros a todos los sitios de la selva, se detenga junto a las fieras, admire la jungla, se extasie ante la lujuriosa vegetación africana, las flores rojas y amarillas, los grandes árboles, las llanuras llenas de cebras; se alarme un poco frente a los leones durmiendo su siesta, tenga un poco de miedo cuando una manada de elefantes enfurecidos pretende voltear la camioneta, al tiempo que corren y lanzan estridentes alaridos, y en fin, rían con las "monadas" de los simios, se enfrasquen en la contemplación de las jirafas, graciosas y casi dulces, que vemos a través de los grandes árboles, y se estremezcan ante la atropellada fiera de una manada de búfalos. Queremos que el mismo lector pueda conocer una serie de aves africanas de fuertes colores, grandes, pequeñas, carniceras, domésticas; sepa que las gacelas son hermosas y además sirven la mejor mesa de los leones, que conozca cómo el rinoceronte es feroz y es temeroso de los humanos y por fin, entre los hipopótamos, chacales, leopardos y jabalíes, corra una verdadera aventura.

A través de estas crónicas, el lector sabrá cómo el millón de salvajes Massai lleva una vida nómade, jamás podrán ser agregados a nuestra civilización y por qué tienen siempre su lanza pronta y también por qué la venden al turista que pasa. O cómo los kikuyos trabajan y son tribus tranquilas y pastoriles. Y aún más: de qué manera los famosos Mau Mau hicieron bastante por la liberación de su país, aunque las agencias telegráficas hayan exagerado su ferocidad en las guerrillas por la independencia.

DAR EL SALAAM, LA CIUDAD DE LA PAZ

Con una inesperada inyección contra la fiebre amarilla en el Aeródromo de Fiumicino se inicia el viaje directo, de Roma a Dar el Salaam, pasando por Nairobi. El viaje nos deja en Nairobi a media noche y después de pocas horas termina en la capital de Tanganyica, Dar El Salaam (Ciudad de la Paz). Todo es aquí típicamente inglés, en una capital de cerca de 200.000 habitantes entre negros, hindúes, musulmanes, europeos. Cualquiera podría pensar que esta ciudad es una población negra, atrasada y sucia. Pero Dar El Salaam es una metrópoli europea, limpia, adelantada en toda la técnica moderna en carreteras, calles, avenidas, edificios de varios pisos, hoteles con aire acondicionado, trato exquisito para los visitantes. Aquí mandan los negros pero en todos lados flota el estilo y la pulcritud británicas. Estamos por fin en el joven país de Tanzania que

forman Tanganyica y Zanzibar. Aquí está la bella capital con un calor de 30 grados húmedos, aquí estamos nosotros con nuestras ropas empapadas, pero afortunadamente, llueve seguido, brevemente, y la gente se remoja y respira. Todos tienen su paraguas debajo del brazo, todos visten ropas blancas en túnicas recogidas y todos o casi todos son negrísimos. Los recientemente independientes negros nos reciben en el aeropuerto con una banda de tamboriles, bailes como en nuestro barrio Sur, un breve carnaval multicolor con pitos y redobles y banderas de vivos colores, porque Alitalia ha extendido sus líneas hasta su gran ciudad. Tanganyica con casi un millón de kms. de superficie y más de 10 millones de habitantes enfrenta ahora un porvenir por medio del trabajo firme, esforzado, de toda su población.

Un país en marcha

Saliendo del centro aparecen las primeras chozas de tribus semi salvajes. Y más adentro en la selva —todo es selva en torno— los negros viven en forma primitiva, pero ya se ve claramente una obra encaminada a levantar muy arriba este país. Hay barrios enteros de casitas confortables, limpias, con flores. Hay campos donde crece el maíz, la mandioca y el café. Y especialmente hemos recorrido enormes sembrados de sisal, una de las plantaciones más grandes del mundo, por cuanto Tanganyica es el primer exportador de esta fibra. Nuestra admiración no tiene límites cuando llegamos a lo que será la Ciudad Universitaria. Una hermosa chica hindú nos había pedido que saliéramos más lejos de la capital para visitar los enormes bloques que se levantan para las futuras aulas, salones, exposiciones, conferencias, oficinas administrativas, hogares de estudiantes. En un

area impresionante, en una planicie con algunas quebradas llenas de verdor, nacen los edificios inmensos y trabajan cientos de obreros con palas mecánicas, con tractores, con maquinaria moderna. La Ciudad Universitaria quiere ser el mismo arranque de una nueva civilización y de un porvenir venturoso para las generaciones que vendrán. Los estudiantes de este país ya reciben instrucción completa y hay muchos que estudian en Europa. Pero ellos quieren que este lugar privilegiado de Tanganyica sea un emporio del estudio y de la ciencia; muestran orgullosos al visitante su obra en marcha. La hermosa chica nos pregunta si en el Uruguay tenemos una ciudad en marcha tan grande exclusivamente para estudiantes. Le decimos que no. Ella se alarma. Nosotros hace ya rato que estamos alarmados.

Mercados, museos, industrias

Los contornos de la ciudad sobre el Indico son paradisiacos. Playas inmensas, más hermosas que las nuestras, tan buenas como Copacabana, pero con la lujuria multicolor de la selva frente al mar. Miles de kilómetros de arena dorada con los bananeros y los cocoteros mostrando sus frutos en alto. Después los mercados, llenos de hombres de todos los colores, con todos los productos posibles, sucios, realmente repugnantes en su olor nauseabundo, trozos de carne de cerdo descompuesta, tabaco en rama, maíz por todos lados, bananas, adivinos, derviches, brujos, comerciantes, mercaderes de la selva, patos, monos. Vamos hasta el museo central, donde los colegas americanos compran cueros de tigres de Bengala y de panteras sedosas, como nosotros compramos cigarrillos.

Inmensos colmillos de elefantes, patas de estos animales disecadas y ahuecadas para poner bastones o cualquier otra cosa en las grandes residencias. Trabajo del sisal, orgullo de la industria madre.

En la larga recorrida, la intérprete inglesa habla continuamente y hasta por los codos. Nosotros no la entendemos. Los chilenos y los brasileños tampoco la entienden. Un grupo de americanos se nos acerca y nos dice que ellos tampoco la entienden. ¿En qué idioma habla esta inglesa que se ha quedado en Dar El Salaam? Después conseguimos una hindú y eso va mucho mejor. Especialmente porque es bellísima. Es ella quien nos hace ver un árbol común al paso del vehículo. Agrega que es un mango. Le preguntamos si hay muchos mangos allí. Nos responde que antes había muchos pero que ahora se están terminando. Le decimos entonces que eso también ocurre en el Uruguay. Ella sonríe cortésmente pero no entiende...

Nyerere el ídolo

El Presidente Nyerere que tiene un Vice y dirige todo el país por intermedio del Parlamento y de otros resortes gubernativos, es un ídolo. Todos hablan de él con admiración y con respeto. Vive en un palacio imponente y tiene su residencia de verano que es para un millonario. Según hemos podido averiguar en medios muy serios, Nyerere es pro-occidental pero su Vice es partidario del comunismo. Hay allí como en todos los países africanos una lucha subterránea intensa para que esta república se incline hacia uno de los dos campos. Por ahora Nyerere está triunfando lejos. Pero se nos dijo también y parecía ser una opinión generalizada que Tanzania quiere sólo, desarrollarse pronto y vivir en

paz. "Quien nos ayude más y mejor y nos dé créditos liberales, será nuestro amigo. Queremos estar junto a las grandes naciones y necesitamos urgente apoyo de las naciones de buena voluntad".

Como síntesis de una visita muy rápida por Tanganyica la frase podría condensar bien el pensamiento de algunos millones de negros que trabajan duramente y en paz.

Twyga Hotel

Nuestro hermoso hotel con aire acondicionado se llama Twyga. O sea: Jirafa Hotel. Ellos le ponen nombres de animales a todo. Y aparecen tigres y leones y búfalos en los reclames y en los nombres de los comercios. Así debe ser. Nosotros tenemos nuestras vacas y nuestros caballos y nuestros mates. Ellos, tienen sus escudos, sus lanzas, sus flechas, sus fieras, para ponerlos como símbolo al frente de sus bazares o tiendas. El gran salón comedor de nuestro hotel es fresco, se sirve el mejor whisky en el bar, el mejor entrecôte en el grill y la música no es africana sino que se oyen twist o sambas muy alegres.

Esto ya no nos puede alarmar. Si en plena selva aparecen como por arte de encantamiento surtidores de nafta y si en los pobres bares de la jungla nos invitan con coca cola, ¿por qué hemos de extrañarnos de que las tribus salgan de los bosques, se planten delante nuestro y pidan dinero si les tomamos fotografías y hasta nos vendan sus lanzas y escudos por cuarenta pesos uruguayos?

Todo progresa, no hay dudas. Y ya nadie puede alarmarse de nada en ninguna parte del mundo.

Mientras tanto, digamos que aquí también tenemos que apurarnos porque a este tren, quedaremos un día cercano, detrás de la muy ignorada y "salvaje" Dar El Salaam, la Ciudad de la Paz.

NAIROBI, LA BELLA

Si un día tuviéramos que dejar para siempre Montevideo, nosotros elegiríamos Nairobi como lugar de residencia permanente. Es una hermosa ciudad, amplia, limpia, brillante, a tres mil metros de altitud sobre el nivel del mar. Tiene más de 300.000 habitantes negros, hindúes, musulmanes y europeos en menor grado. Sus grandes arterias con flores de todos colores, sus avenidas asfaltadas, su pulcritud son también inglesas al cien por ciento como Dar El Salaam, con la diferencia a favor de Nairobi de que esta ciudad, capital de Kenya, es una gran metrópoli donde es imposible encontrar un solo papel sobre la acera, es tarea difícil hallar un solo fósforo en las calles desde el centro a las orillas. Todo es pulcro y es bello en Nairobi donde los grandes bloques de apartamentos, con macetas de flores y cortinillas de colores, le dan a las casas un toque de

distinción, de colorido, de belleza pocas veces vista. Estamos ahora después de llegar de Dar El Salaam, en el hotel New Stanley donde hay aire acondicionado, servicio perfecto con negros vestidos con smoking blanco festoneado de oro, fez rojo en la cabeza y una atención untuosa que se explica porque allí estuvo muchos años Inglaterra con sus millonarios, sus cazadores de leones y allí también se montaron y se montan los célebres safaris que salen a la selva a matar leones y elefantes. Entramos la primera noche al grill donde se comen churrascos platenses y caviar ruso, con la camisa blanca sin corbata. Muy atentamente alguien nos llama para decirnos que tenemos que vestirnos de etiqueta. Le decimos que jamás tuvimos esas ropas. Nos responde que por lo menos usemos corbata. Y negra si es posible... La orquesta ataca una música americana lánguida. Las parejas bailan. Hay musulmanes con sharong hilados en plata y hay ingleses con monóculo y hay pocos negros con traje negro no muy elegante.

Aquí mandan los negros pero los blancos aún tienen el cetro en los hoteles y en los bares y en los night clubs donde las mujeres blancas se desnudan lentamente al compás de un vals, mientras las amarillas, las negras y los naturales lavan las copas, limpian los baños y nos sirven las bebidas. ¿Cómo es esto? Muy sencillo. Nos responden que poco a poco, ellos después harán todo. Por ahora no se apuran. Los negros tienen el mando, los hindúes monopolizan el comercio y la industria y ellos trabajan desde abajo. "Un día llegará lo mejor" se nos dice. "Estamos aprendiendo", —se agrega—, "no hay ningún apuro...".

Campo de operaciones

Desde aquí saldremos a la selva y en ella nos hundiremos. Iremos al Sur de Kenya y al Norte de Tanganyica y en un área inmensa recorreremos Africa llena de fieras. Estaremos cerca, a pocos metros de los leones, rinocerontes, elefantes, chacales, leopardos, jirafas, búfalos, hipopótamos, jabalías. Veremos miles de monos de todos los tamaños y podremos al fin, vivir el muy célebre safari fotográfico o de observación que cuesta más o menos seis mil dólares por persona.

Aquí están los mejores talladores en madera del mundo. Hacen maravillas con sólo un pequeño cuchillo. Labran la dura madera y de sus manos, como por milagro, salen negros con plumas, leones, panteras en acecho. Aquí en las calles de Nairobi se ofrecen al visitante cueros de panteras y colmillos de elefantes. Hay marfil tallado en collares para reyes y medallones del mismo marfil en todas las esfigies posibles. Todos los animales de la selva están expuestos en tallas en las esquinas, junto a los hoteles al paso de los turistas. Nairobi es una ciudad turística por antonomasia. Los adustos ingleses con bigotes de guías engomadas que llegan hasta los ojos, y sus monóculos ridículos colgando de un cordón negro, están sentados en los bares y en los grills saboreando un buen whisky escocés. Como a ellos, por la mañana, nos ofrecen en el salón comedor huevos revueltos, jamón, panceta, jugos, ananá, orange, licores, café, té maravilloso. Ellos están contratando negros para los safaris "en serio". Del aire acondicionado de los frescos ambientes de un décimo piso,

se cae en la pileta de agua tibia, color esmeralda. Se toma un vino francés y la cena se remata con champagne de la mejor marca que se ofrece en París.

Una capital moderna

Nairobi, en plena selva es auténticamente europea y en todo esto tan adelantada como una gran ciudad del Río de la Plata. Los negros son por ahora apenas la decoración ambiente de un ambiente exótico, extraño, apasionante. Mañana serán los auténticos dueños, como ahora son dueños del país, los que forman la casta dirigente. Pero lo que hemos visto, esto que estamos narrando, compone un mundo extraño y difícil de entender.

Tres hermosas negras de diecisiete años, en la esquina del hotel nos ofrecen una noche de placer por quinientos pesos uruguayos y más allá hay varios nights clubs con mujeres que se desnudan lentamente, al compás de música lánguida. A media hora de taxi, los salvajes gritan y bailan alrededor de la camioneta vociferando porque demoramos el pago de treinta pesos nuestros por la toma de una fotografía y poco después el "maitre" nos dará "la carta" para elegir los más finos vinos del mundo cuando nos disponemos a cenar.

Esto es Nairobi, la ciudad fascinante, digna de un libro, del cine y de la crónica de alguien que pudiera transmitir mejor al lector todo su poder seductor, toda su belleza, su misterio y su historia que arranca de la caza de esclavos por los portugueses y termina ahora en los safaris organizados, de los europeos que deben pagar cuatro mil dólares

para matar algunas fieras, que antes deben elegirse y seleccionarse cuidadosamente.

Kenyatta

El Presidente de la República de Kenya es Kenya-ua, también un ídolo como Nyerere en Tanganyica. Ha tenido algunos problemas con los Mau Mau, la secta que aquí en Occidente creíamos bandas de asesinos y promotores de espantosas depredaciones. Según ellos, los Mau Mau componían una sociedad terrorista y dispuesta a hacer justicia contra los ingleses enemigos y ayudar a la independencia de su país. Quemaron sembrados de café, arrasaron campos de trigo y mataron a muchos ingleses prominentes. Pero según ellos "mataron a los malos ingleses que habían matado a negros inocentes". "Respetamos, dicen, a los buenos ingleses que siempre fueron y son nuestros amigos". Cuando Kenya obtuvo su liberación, los Mau Mau desaparecieron y cada uno de ellos pasó a ser un inocente ciudadano. Diez de ellos están ahora en torno a nuestra mesa sirviéndonos exquisitos platos.

Esta es la paz y la época de la evolución social. Kenya, en poder de los ingleses ha evolucionado maravillosamente. Los nuevos dueños del país siguen la huella británica. Trabajan y quieren que su país sea uno de los mejores de la tierra.

La pequeña tragedia

Un negrito en el Aeropuerto de Dar El Salaam me mandó a mí a Nairobi y a mi valija a Roma. Ahora he solucionado el grave problema que surgió debido a la falta de entrenamiento de un hombre de color que recién ha ocupado su puesto. Pero también esto ocurre en el Uruguay, por lo que no tiene mayor importancia.

AMBOSELLI, LA SELVA, EL KILIMANJARO

Recién ahora nos meteremos en la selva. Salimos de Nairobi en camionetas especiales. Techos corridizos, ventanillas a medio correr, de modo que sólo podamos tomar fotografías de las fieras sin arriesgar mucho... Vamos en busca de una de las enormes áreas de conservación: Amboselli. Corremos a noventa por buenas carreteras sobre una inmensa planicie desolada de pastos bajos y quebrados por la sequía. Arbustos raquíticos. Estamos rodeados, a lo lejos, de montañas inmensas, azules en la lejanía. Esta es una pampa africana árida, donde el calor castiga fuerte, donde el polvo se mete en los pulmones y haremos más de 500 kilómetros para encontrar nuestro primer lugar de recorrido y de observación. Al anochecer arribamos a Amboselli. Hay que mostrar los documentos a los guardias negros. Es preciso revisarlo todo, levantar las barreras y penetrar

después a un país misterioso donde moran las fieras en plena libertad. Vamos a correr ahora la gran aventura. Tenemos siempre a nuestro frente al imponente Kilimanjaro a seis mil metros de altura, el monte mayor de Africa, nevado en su cúspide que lanza destellos plateados en una tarde azulada que agoniza.

Primero el leopardo

Varios kilómetros más adelante encontraremos un hotel de madera con varios bungalows adicionales. Estamos cerca del Kilimanjaro y es imponente su presencia y tanto que los ojos admirados no se avienen a quitarle un solo momento su mirada hacia lo alto. Pero hay que elegir los cuartos. Un inglés, viejo cazador, colorado por el whisky y reseco en su manera de ser, va distribuyendo las llaves. Hay allí baños calientes, bebidas fuertes y té. Nosotros, quedamos para lo último y cuando ya había caído la noche, nuestro grupo debe tomar nuevamente sus camionetas y entrar en la selva en busca de carpas a cielo abierto, ya que el hotel no alcanza para todos. Allá vamos. Media hora. En un recodo de un trillo, cerca de un montón de arbustos, el guía dice por lo bajo: "¡leopardos!". Allí están. Hay dos o tres. Echados, nos miran pasar sin inmutarse.

—¿Atropellan?, preguntamos.

—Claro, se nos dice. Si tienen hambre. Si se les busca.

Tienen el tamaño de un perro policía y sus ojos despiden chispas. Poco después llegamos a las carpas. Son pequeñas, abiertas. Tienen mosquiteros. Está oscuro. Llegan negros con linternas que nos las en-

regan. Traen también jarras con agua tibia para lavarnos. Notamos que hay negros que encienden fogatas alrededor. Preguntamos sin convencimiento:

—Por el frío, ¿no?

—No señor. Por las fieras. Así no se acercan.

Y nosotros allí, lejos de un hotel cerrado, en estas carpas abiertas, en plena selva, tal vez rodeados de víboras. ¡Y de leopardos!

La noche en vela

En una gran carpa cercana cenamos. Después los ingleses que mandan allí se reúnen cerca del gran fuego y hablan de cacerías. No entendemos inglés y no nos importan mucho las cacerías. Vamos a nuestra carpa. Encendemos la linterna. Investigamos un poco. Nos acostamos semi vestidos. Bajamos el mosquitero y esperamos. Los mil ruidos de la selva se meten en la carpa. Hay como un raspaje sordo en las hojas secas del piso. Arriba parece que se mueve algo. Sentimos los gritos de las fieras. Estamos atentos, despiertos siempre, vigilantes. Sentimos el golpeo de nuestro corazón. Así hasta las cinco y media cuando amanece. Llegan un negro con agua tibia y té caliente y nos anuncia que el jamón y los huevos fritos estarán pronto a las siete.

—¿No hubo leopardos por aquí?

—Tal vez... siempre hay alguno, nos dice como si hablara de vacas o de gallinas. Y se va.

El Kilimanjaro

Cuando sale el sol, se enciende una fiesta de color imposible de describir. Allá arriba las nieves eternas del coloso, lanzan chispas de plata y hay

un tenue color celeste en torno al cráter chato. El Kilimanjaro es tan hermoso que trae el llanto. Un llanto de emoción. Nosotros que hemos pasado una noche en vela, de susto auténtico, estamos ahora felices de gozar de un espectáculo que los compañeros encerrados en sus bungalows con fuego y con calor no pueden presenciar. Nuestra pobre cámara funciona seguidamente con la misma emoción nerviosa que nosotros tenemos. Allí enfrente, agujereando las nubes está el monte más grande de Africa, uno de los monstruos del mundo y que ha dado lugar a tanta historia, leyenda y película de cine. A medida que sube el sol, los tonos naranjas vuelan en las gasas de nubes que rodean el monte. Es la fiesta del color, maravilloso espectáculo junto al cielo. Y los colores van cambiando a medida que avanza la mañana helada y nosotros estamos allí, estáticos y mudos de emoción cuando un negro nos llama para el desayuno. Después salimos a la selva a acercarnos a las fieras y a convivir un poco con ellas durante todo el día sin detenernos jamás, mientras devoramos kilómetros en todo sentido; zigzagueando entre los árboles inmensos, corriendo por las llanuras, siempre en una carrera a los saltos, mientras nos asombramos con la presencia de todas las fieras que un día vimos en los cuadernos de la escuela, en las novelas de aventuras y en las películas de cien cines.

Silencio, multas, fieras

Un funcionario policial se sienta junto al conductor y se nos dice que no podemos hablar. Hay una multa de 250 dólares para el que viole la ley. Allá vamos entonces mudos de asombro. No violaremos la ley porque estamos junto a las jirafas y

a las manadas de cebras. A veinte metros arman su carrera. Disparan hacia lo lejos. Pero aquí están tres rinocerontes que nos miran torpemente y después trotan alejándose. Luego vienen los hipopótamos pero ellos se zambullen en el fango y los tapan los altos pastos. A veces tenemos la impresión de que las fieras están cumpliendo a la perfección un programa turístico prefabricado. Aquí están los cuarenta elefantes comandados por un enorme paquidermo viejo. Caminan lentamente y no tienen ningún interés en nosotros. Por ahora. Después verán ustedes que casi nos matan...

Estar junto a estas fieras, poder verlas a diez metros a veces, sentir la presencia inmediata e imponente de animales tan terribles y estar allí a cubierto de sus zarpas, todo esto configura un cuadro apasionantes que jamás olvidaremos. Hasta ahora habíamos visto fieras a través de las rejas. Ahora vienen hacia nosotros o se van tranquilamente. Nos miran, bostezan, hunden sus ojos amarillos en la camioneta o trotan hacia la lejanía.

Tomamos todas las fotos que podemos. Los más llevan filmadoras en colores y teleobjetivos. Se oye sólo el pasar de las cintas y los clicks de las máquinas. Nada más. Nadie habla. Y en este silencio imponente y en esta presencia también imponente, nosotros estamos viviendo la aventura más grande de nuestra vida.

EL NGORON - GORO Y EL LEON

Tal vez en el principio del mundo un cataclismo tapó para siempre el cráter del Ngoron-Goro y quedó allí un inmenso valle de treinta kilómetros de diámetro donde moran las fieras salvajes y algunas tribus de los Massai. Hay que bajar cientos de metros por trillos casi borrados, siempre en caracol, siempre mirando los precipicios. Luego de largo y lento recorrido en jeeps Land-Rover, los únicos que sirven para esta arriesgada excursión, se llega por fin al inmenso valle que tiene grandes bosques, un lago más inmenso aún y planicies verdes, praderas reseca, arbustos enanos, baobad gigantescos. Y de vez en cuando tribus de Massai con sus rebaños de cabras y de zebús que según afirman, jamás salieron de este valle. Hemos recorrido cerca de 500 kms. para llegar al valle del cráter, pasando por Arhusa, una pequeña ciudad de mercados y de tiendas llenas de negros,

donde los musulmanes dominan el comercio. Aquí estamos dos días con sus noches parando en un hotel de lujo con bungalows donde arden fuegos de leña, donde también se toma whisky y donde es preciso sentarse a la mesa con camisa blanca y un traje bien planchado.

Nuestro hermano el león

El área se divide en muchas pequeñas comarcas imaginarias donde cada especie tiene su morada, su guarida, donde vive más o menos en paz. Pero no tanto, porque ahora estamos en la zona del temido león. Así como vemos antílopes, búfalos, gacelas, aves de todos los colores, hipopótamos, jabalíes, leopardos, rinocerontes, jirafas y monos, los leones no están "al alcance de la cámara". No sólo porque se hallan en menor cantidad sino porque ellos no son tan espectaculares. El león es una fiera tranquila, de modales bastante educados que a veces, interrumpe su siesta plácida, se despereza, va hasta el rebaño de cebras, se engulle alguna y luego vuelve a su sitio, o a su cómodo dormitorio de los pastos bajos. O se trepa a un árbol, se enhorqueta en un ángulo de ramas y duerme después a pata suelta.

Esa tarde vimos cuatro leones cómodamente tirados, despatarrados, diríamos. La camioneta dio una vuelta cuando el guía dijo emocionado —los indígenas respetan al león y le tienen un miedo cerval: "Simba... simba..." (león, león, en su dialecto). A cinco metros el vehículo se detuvo sin que ellos se dieran por enterados. Hicimos funcionar las cámaras sin respirar casi.

Los compañeros cambiaron varias películas de colores, antes que uno de ellos se parara apenas, nos mirara fijamente, hostezara un poco y después ca-

minara veinte metros para echarse a dormir un poco más lejos. Estos leones estaban llenos y hacían su buena digestión.

Media hora antes nos habíamos cruzado con una manada de cebras, cincuenta por lo menos, nerviosas y atentas que no bien nos vieron emprendieron alocada carrera hacia el llano lejano. Sin duda, el león acababa de llevarse alguna, porque había rastros de sangre. Ellas y las gacelas son el plato favorito de Simba. También se nos dice que a veces se comen algún gran mono. Pero agarrar un mono es tarea difícil y en cambio una breve carrera contra las cebras termina en el gran festín.

Alto al mediodía

Estamos a más de 300 km. del hotel y hemos llevado nuestro almuerzo frío para comer en plena selva. Café caliente, té, bizcochos, sandwiches, huevos duros, salmón. Junto a un baobab, hacemos campamento, mientras los guías vigilan. Las gacelas y las águilas y los búfalos más lejos nos miran almorzar. Estamos casi en el centro del valle. Nos circunda el inmenso cinturón del cráter, alto, imponente, lleno de plantas tropicales, de flores rojas, de maleza, de lianas multicolores. Este lago que está en el centro del cráter es de agua dulce y hay buena pesca. Nos cruzamos con alguna tribu Massai. Negros desarrapados, con taparrabos de colores, con su lanza para defenderse de Simba, llenos de collares de piedras y cobres. Collares en los tobillos y en el cuello. Piezas de cobre pesadas en las orejas agujereadas, cuyos lóbulos caen hasta el hombro. Llevan por delante cabras y algún zebú flaquísimo. Tienen sus tolderías de pasto bajo cerca del lago. Jamás salen del cráter. Casi no hablan con nosotros,

contrariamente a sus hermanos de las praderas que piden dinero y quieren fotos a cambio de monedas. Terminamos rápidamente nuestro almuerzo porque los grandes mosquitos empiezan a llegar de improviso. Nuevamente a las camionetas y a rodar en la gran selva en busca de más fieras.

Simba se enoja

Tres horas corriendo, saltando, sin trillos, sobre pastos, montículos, viejos árboles deshechos. Ahora hay cinco leones también durmiendo. Es preciso hacer algo para que se muevan y podamos tomar mejores fotografías. El conductor que habla italiano — musulmán, gaucho y optimista — intercambia alguna palabra con el hierático guía. Este dice que sí con un movimiento de cabeza. Ahora damos varias vueltas en torno a los reyes de la selva. Nada. Siguen muy tranquilos. El conductor detiene el coche y pone el acelerador a fondo. Simba sacude la cabeza. Después se levanta y nos mira fijamente. Así está durante un minuto horadando el vehículo con sus ojos amarillos vidriosos. Uno de ellos parece que va a rugir, pero sólo abre la boca cuando nos mira. También se miran ahora entre sí y con una especie de movimiento de desdén, se levantan todos y se van muy lejos agitando la cola. Se detienen a veces, nos miran fijamente y continúan su retirada.

Son imponentes, majestuosos, todos unos señores. No son éstos los leones de los circos y de los zoológicos. No. Simba en libertad es el Rey, el señor feudal y el imponente animal de gran abolengo que se sabe único y dueño de toda la selva y jamás tiene un gesto descortés.

Se van ellos, no nosotros. Se retiran con solemnidad ante la presencia del pobre hombre que apunta sus cámaras para sacar tal vez alguna imagen del gran Simba...

Fiesta a tres mil metros

Ya es noche cerrada cuando llegamos al hotel en la cumbre. Nos bañamos con agua caliente, nos sirven los whiskys, comemos como reyes y después entre el brandy y el kummel se cuentan historias de cacerías. Se miente mucho, se exagera mucho, los viejos señores cazadores que ahora no tienen escopetas dicen lo suyo que tal vez sea leyenda, pero todos nos sentimos felices allí, al abrigo, cuando la copa de cristal da vueltas en la mano, mientras se entibia la bebida. A las doce de la noche vamos a dormir. Las estrellas de África son más brillantes, más claras y parecen ser más numerosas que las sudamericanas. O serán la bebidas. Pero todo es aquí hermoso.

Nos levantaremos a las cinco y media para ir en busca de más selvas y más fieras. La aventura apasionante, sigue.

EL LAGO MANYARA Y LOS ELEFANTES

El lector podrá advertir que desde que salimos a la selva nos hemos movido en una amplia área — creemos que por lo menos de la extensión de nuestro Uruguay— cruzada por buenas carreteras asfaltadas, pero apenas con trillos o sin ellos en las praderas, bosques y lugares intrincados en la áreas de conservación de fieras. Entre Nairobi, Arhusa, y pueblos menores aparecen en plena fronda, pequeños puestos con bares y algún hospital, estaciones de nafta con bastante regularidad, puestos de vigilancia y en general, esta selva que estamos recorriendo continuamente, está bastante poblada aunque largas distancias —entre 500 y 800 kmts.—, hacen tediosa y difícil una carrera en todas direcciones en busca de fieras, lugares de descanso, grandes hoteles, mercados y tribus Massai. Estas aparecen de golpe de entre la selva. Sus integrantes corren hacia nosotros, nos plan-

tan sus lanzas gesticulando, las entierran y quieren venderlas. O protestan porque queremos tomarles fotografías y antes gritan en buen inglés: "chelin, chin", esto es, que quieren chelines africanos como pago de una estampa fotográfica.

Paraíso en la selva

Luego de una carrera de 500 km. por lo menos, trepamos una de las muchas montañas que eslabonan el lugar y arribamos a un lugar de paraíso. Es otro de los grandes y lujosos hoteles que los ingleses han dejado allí para esparcimiento de los turistas y para el hospedaje más que cómodo cuando los cazadores llegaban para un safari y entonces podían cazar y matar a su antojo. Es el hotel del Lago Manyara que toma su nombre del mismo inmenso lago que está allí mismo. Un lugar fantásticamente hermoso, muy parecido al Ngoron-Goro pero más bajo, aunque mucho más grande en su extensión. El hotel está sobre una gran montaña plana y se baja hacia el lago y el ex-coto de caza por caminos arreglados, pero difíciles de recorrer por sus pendientes, y su selva cerrada.

Tenemos aquí baños calientes, como siempre, whisky, champagne, caviar... Hay muchos turistas entre ellos familias rusas de Moscú que tienen sus grandes filmadoras y sus teleobjetivos, como todos los turistas, menos el cronista, desde luego...

Las fieras a pocos metros

Este hotel tiene sus piscinas de agua tibia, sus miradores hacia la enorme selva —todo un anfiteatro fantástico que está allá abajo— y sus largavistas. Poniendo un chelín en la ranura, se maneja el aparato en todas direcciones, hacia la selva y pueden observarse las manadas de elefantes, los leones encima de los árboles, los monos trepando por las lianas, las cebras atentas al salto de Simba, los torpes rinocerontes, las gacelas moviéndose continuamente, los hipopótamos saliendo de los bañados. A varios kilómetros de distancia y en todas direcciones, con un poco de paciencia, es posible observar todo este mundo maravilloso de la jungla con sus habitantes en libertad y en plena paz.

Sobre el verde esmeralda del "grass" y las losas celestes, saliendo del agua tibia con trajes de baño y en bikini, las damas se acercan al largavista, los panzudos millonarios beben sus whiskies bajo las sombrillas multicolores y nosotros nos preparamos para otras grandes carreras en la selva cercana. Vamos a correr la gran aventura de esta apasionante excursión.

Monos y más monos

Entramos al área de conservación por una zona boscosa, enorme, sombría, húmeda. Apenas el sol talará las altas copas y llega hasta nosotros. Tomamos por un sendero quebrado y cruzamos entre cientos de monos. Monos gibones, mandriles, chicos, grandes. Los hijos van en el lomo de sus madres. Trepán hasta la cima de los árboles, bajan a la floresta,

nos miran atentamente, agarran frutos, juegan, se enojan, gritan. Es un infierno de monos el lugar lleno de lianas y de flores y de vegetación rabiosamente verde. Más allá, las altas jirafas asustadizas corren entre los pastos altos, y al dar vuelta sus cabezas pueden ser tomadas apenas por las cámaras. Ahora tenemos a cincuenta metros una manada de cuarenta elefantes por lo menos. Se bambolean pausadamente, se hamacan sobre sus chatas patas, raspan con las trompas, se llevan la comida a la boca. Los pequeños hijos se amamantan de sus madres. Pero estos elefantes nos miran fijamente, se mueven inquietos y lanzan gritos estridentes. "Están enojados" dicen al unísono el guía negro y nuestro conductor musulmán.

Un momento de miedo

La carrera entre la selva sigue entre saltos sobre los montículos de tierra, los árboles carcomidos, las cañadas, las pequeñas cumbres, los pastos duros.

A las cuatro de la tarde el guía, que tiene ojos de lince, que es realmente maravilloso por sus ojos de taladro, anuncia en voz baja: "Simba..." Allí, a treinta metros en la intrincada selva aparecen tres hermosos leones en lo alto de un árbol. Se han enhorquetado en los ángulos de las fuertes ramas y duermen tranquilamente. Damos varias vueltas en torno al árbol. Tomamos fotografías. La leona más grande levanta la cabeza y hosteza. Después nuevamente se echa a dormir. Como los leones anteriores, estos también acaban de almorzar. No se mueven, no se inmutan. No dan ninguna importancia a la presencia del hombre.

Poco después encontramos aquella misma manada de elefantes. Pasamos a veinte metros de ellos. Cuatro se nos vienen por el flanco derecho; cinco por detrás. Varios por delante. Notamos cierto pánico en el guía y el conductor. Ya los tenemos encima gritando y trotando hacia nosotros. El guía saca un silbato y lanza un silbido fuerte. Los paquidermos se paran desorientados. Entonces el conductor pone a fondo el acelerador y disparamos a ochenta por hora zigzagueando entre los árboles. Miramos hacia atrás. Diez elefantes trotan ahora hacia nosotros, pero ya estamos lejos. Preguntamos qué ha acontecido. El guía explica:

“Los elefantes tienen mal genio. Son medio locos. Acaban de enojarse y querían voltear la camioneta. He sacado el silbato, única arma que podemos usar. Los elefantes tienen el oído muy sensible y este silbato los paraliza, los asusta un instante. Es cuando podemos escapar; lejos de ellos”.

Recién nos damos cuenta que hemos estado en peligro. Recién sabemos que pudimos haber sido derribados por sus trompas o aplastados por sus grandes patas.

—¿Esto aconteció alguna vez?, preguntamos un tanto azorados.

—Sí, se nos dice. Alguna vez.

—¿Hubo muertos?

—Heridos. Pudimos salvarlos.

—¿No se les puede tirar, como defensa?

—No. Está prohibido.

—¿Y entonces?...

—Nada. El que no quiera correr este riesgo que no entre. Y así se nos contestó. Después pasamos entre cientos de monos. Pero los monos, como los hombres —como algunos hombres— son siempre inofensivos.

Explicación necesaria

Conviene aclarar bien la reglamentación que rige estas carreras en la selva. Tanto en Amboselli, como en el Kilimanjaro, Ngoron-Goro y Lago Manyara, así como en otras áreas de conservación, no se le puede tirar a las fieras. Bajo ningún concepto. Solamente en Amboselli si es atacado por una de ellas, el hombre puede defenderse. Y la explicación posterior, con testigos, debe ser lo suficientemente clara para no caer bajo los rigores de la ley. En otros lugares de la selva señalados, está rigurosamente prohibida la defensa. Quien mate a una fiera, puede ser fusilado sin mucho aparato judicial.

A modo de explicación final se nos dijo: "Si así no fuera muchos tirarían a matar diciendo que era en defensa propia. Y no tendrían sentido estas áreas de conservación que tenemos interés en cuidar celosamente".

"Lo mejor para evitar incidentes —se nos dijo por fin— es no visitar estos lugares. O se corre el riesgo, se aceptan las reglamentaciones o no se penetra a estas selvas privilegiadas".

UN HOTEL SOBRE LOS ARBOLES

Regresamos sobre Arhusa y volvemos apenas a la civilización que es una breve noche en el New Stanley, hotel de Nairobi. Nos preparamos así para la fase final de nuestra excursión que es la visita al famoso Tree-Top, el hotel construido en el aire sobre los grandes árboles de la selva. Tenemos que correr nada menos que 900 km en busca de Nairobi y después hacer más de 300 km para llegar a Nyara, pequeña y hermosa ciudad donde dejamos nuestras valijas, pues en el hotel sobre los árboles apenas hay espacio para una pequeña maleta de viaje con los utensilios más indispensables para la higiene.

Camino pavimentados, floresta, jirafas, monos, rinocerontes, elefantes. Pasamos entre caminos y trillos y praderas y vamos trepando siempre en busca del Tree-Top. Llegamos por fin a un camino de tierra colorada flanqueado por inmensos árboles y flo-

res rojas. Dejamos allí nuestros vehículos. Tenemos que hacer un kilómetro a pie, despacio y en silencio. El inglés encargado del lugar nos detiene, escopeta en mano.

Se coloca un monóculo y nos dice su discurso.

El silencio profundo

Explica largamente su reglamento cuando cae la tarde y una lluvia fina nos está calando hasta los huesos; mientras se oyen los gritos de los chacales y el silbido de las aves exóticas. Dice este señor enjuto, bigotudo, serio, inglés hasta los tuétanos, con pantalón corto y cartuchera repleta, que desde ese mismo momento no podemos hablar sino en voz muy baja. Que el lugar está lleno de fieras a las que no debemos incomodar pues están acostumbradas al silencio total. Solamente ellas pueden gritar. Nosotros, no. Así nos encaminamos en silenciosa procesión hacia el muy célebre Tree-Top. Sobre un descampado inmenso, pues la selva ha sido barrida para permitir que se vean bien las fieras, se levanta una construcción de madera, allá arriba, sobre árboles gigantescos. A veinte metros del suelo está el hotel de madera rústica. Se llega hasta los cuartos y pasadizos, todos estrechos, por escaleras que se retiran en la noche. Se sorteán los cuartos. Son apenas de tres metros por dos, especies de cuchetas con miradores hacia la selva. Las ramas pasan por las paredes de madera, se curvan junto a las camas, salen al pasillo y siguen hasta el techo y salen a la luz... Tenemos que levantar nuestras piernas para acostarnos. Tenemos que agacharnos para ir al baño. Debemos pegar un breve salto para encaminarnos al gran comedor.

Es preciso agacharse mucho para arribar al bar. Las gruesas ramas se entrecruzan dentro de los cuartos, pasillos y escaleras y realmente esto es asombroso y es también fascinante. Cuando oscurece, tomamos nuestras posiciones en los grandes y altos balcones, sentados en cómodas butacas con una cámara en la derecha y un vaso de whisky en la izquierda. Las fieras serán las protagonistas de la maravillosa película viva.

Primero los elefantes

A las ocho de la noche está oscuro ya y se prenden los reflectores. La escena se ilumina brillantemente y sólo falta que aparezcan los actores. Los primeros en salir de los lejanos, oscuros y altos árboles, son los elefantes. Como siempre, dirige la tropa un gran paquidermo que enseña el camino a diez metros de su familia. Después, en fila india siguen los demás entre ellos doce pequeños elefantes pegados a sus madres. Frente a nosotros, en el gran claro, se ha derramado mucha sal, en grandes estriás, pues a las fieras les apasiona lamer sal. Vienen directamente hacia nuestro sitio de observación, allá abajo están todos ahora en semicírculo. Parecería que están llevando a cabo una función libretada a la perfección. Durante horas, lamen la sal, mientras los pequeños maman tranquilamente. Se entremezclan las trompas, se bambolean, hacen alguna pirueta. Después se van.

Los monos

Mientras tanto, los monos están a la expectativa. Hay treinta grandes monos con sus pequeños hijos. No lamen la sal pero nos miran. Ellos saben

que tendremos más tarde bananas y ananá y esperan su pitanza. Algunos se acercan, trepan a los árboles y a cuatro metros de la cámara están allí quietos, ras-cándose. Más allá, las gacelas esperan su turno. Pero llegan a las diez de la noche los rinocerontes y se produce el desbande general. Cuando se van los rinocerontes, aparecen tres hipopótamos que tienen también su barrizal entre juncos. Más lejos, a las once de la noche aparecen casi arrastrándose los chacales. Las cebras se asoman desde la selva. Aparecen los jabalíes. Cada uno guarda su distancia, tiene su horario, nadie incomoda a nadie.

Sólo los grandes monos, que por algo se parecen al hombre, están presentes en esta fiesta fantástica. Gritan, algunos se acercan más, nos miran, no le dan mucha importancia a los jabalíes que asoman a medianoche, y en general estos simios no son otra cosa que humanos entrometidos, que desean tomar parte en un programa dedicado a los hombres y están allí como centro de una tertulia de alto nivel social e internacional.

Los leopardos

De madrugada llegan tres leopardos arrastrándose, mirando en todas direcciones. No se acercan mucho. Las gacelas han disparado ya. Poco después regresan más elefantes que son los más golosos de todos los animales que se han presentado esta noche. En total vimos: sesenta elefantes, ciento ochenta búfalos, seis rinocerontes, cuatro hipopótamos, cincuenta monos, gacelas, chacales, leopardos... Todo ello en horarios casi fijos, todo muy ordenado, todo muy turístico...

Una breve historia del Tree-Top nos permite afirmar que en un principio fue un pequeño atalaya de los viejos cazadores ingleses. Los Mau-Mau, quema-

ron el lugar pero fue rehecho varias veces y últimamente, cuando la liberación de Kenya, agrandado y preparado mejor para el turismo.

Por la noche, —medianoche— se sirve la cena.

El bar es el lugar de tertulia para que la charla y las bebidas estrechen más la amistad de 54 periodistas de todas partes del mundo y se comenta vivamente como es posible estar a pocos metros de las fieras y también cómo ha sido posible tener la felicidad de vivir momentos tan apasionantes y tan dichosos.

A la mañana siguiente nos vamos. Desayunamos con jamón y huevos, bananas y ananás. Los grandes monos suben hasta el último piso, aquí en la terraza, donde estamos, y nos arrebatan las banans y los ananás. Más lejos, los chacales miran desde la selva. Regresamos después a Nairobi. El viaje está ya tocando a su fin.

LA TRIBU MASSAI

En una extensísima zona de Tanganyica y en el sur de Kenya abundan los Massai y son los que vemos continuamente por las selvas, los caminos, arreando su ganado, solicitando dinero si son fotografiados. Según fuentes responsables llegan a un millón. Hay quien afirma que no pasan de la mitad de esa cifra. Lo cierto es que nosotros recorreremos miles de kilómetros en todas las direcciones, en las áreas de conservación de fieras y en zonas fuera de ellas y siempre pululan estos negros negrísimos, flaquísimos, sucios, cargadas las madres con sus niños a la espalda y ellos, si son mayores, con una gran lanza en su mano derecha. Componen tribus que podrían ser únicas en el mundo; no tienen dioses, no quieren caciques ni reyes, hasta ahora no han podido ser civilizados, y sólo quieren la libertad. Se visten apenas con breves túnicas recogidas hasta la rodilla que a

veres son apenas harapos. Son de color rojo o amarillo pues ellos fabrican una especie de tinta con arcilla y agua caliente y las tiñen. Deambulan en todas direcciones siempre en grupos de diez o doce. A veces llevan sus cabras y zebús por delante. Sus chozas son especie de ranchos muy bajos y hechos con ramas y pajas que ponen en semicírculos en las grandes planicies o junto a árboles pequeños. Se cuenta que cierto día, el gobierno llevó a la fuerza a dos Massai a Londres. Allí estudiaron y después de varios años regresaron a sus lares. De inmediato, tiraron sus trajes y se hundieron nuevamente, muy felices, en la selva.

El padre Morelli

Durante la noche que estuvimos en el Tree-Top hablamos con el sacerdote Morelli de la Congregación del Espíritu Santo, de los Estados Unidos. Es un simpático misionero italiano que gustoso nos habló de los Massai. También para él siguen siendo misteriosos, impenetrables. No cree mucho eso del viaje a Londres y la prueba asombrosa, pero tampoco lo niega rotundamente. "Podría ser, porque son únicos en el mundo", agrega. Nos dice después que es muy difícil la conversión de estos salvajes. "Tanto —afirma— que no he tenido mucha suerte en su conversión. Estoy con ellos porque es mi obligación. Los ayudo cuanto puedo. Pero los Massai quieren estar siempre solos, ser libres, recorrer los campos, vagar, no hacer absolutamente nada. Comen solamente maíz. No comen carne. El ganado lo tienen solamente para vender alguna cabra o algún zebú y lograr dinero para sus espaciadas transacciones comerciales.

Sin brujos, sin el temor al más allá bueno o malo, están alejados de las pasiones, de la tristeza y de la alegría. Parecen ser únicos en el mundo.

Su enemigo es Simba

Muchos de estos Massai aparecen de golpe en bandadas, gritando y haciendo piruetas cuando la camioneta se detiene en los caminos o en los pequeños comercios donde tomamos jugos, hay coca y pepsi-cola y también desde luego surtidores de nafta. La selva está completamente turisticada en esta gran zona que visitamos. Los Massai también lo están. Nos plantan sus lanzas delante, las clavan fuertemente y gritan: "Chelín, chelín"... Quieren venderlas, como también venden los escudos que usan para protegerse de los animales en sus luchas a muerte en la selva. Su gran enemigo es Simba, el león. Para evitar los encuentros con el Rey de la Selva, ellos se empapan en un aceite especial, se cubren de arena, forman así una fuerte capa impermeable en su cuerpo, y el león no puede olfatear a lo lejos, carne humana. Como jamás se bañan, el lector puede suponer que el perfume que despiden no se parece al Scandale ni al Ma Griffe. A veces Simba les mata un zebú o una cabra. La venganza es entonces implacable de su parte. De inmediato salen en busca de su enemigo. Lo matan en cualquier lugar. Aún en las zonas prohibidas bajo pena de fusilamiento por las autoridades. Consumada la venganza vuelven a sus tolderías, a su vida nómada, a esa tranquilidad total en la selva virgen donde también se hunden cuando nos vamos y corren, gritando, perdiéndose entre los altos pastos y los árboles. No son antropófagos pero son polígamos. Tienen varias mujeres que

usan aros en los tobillos y en las gargantas, se agujerean las orejas y se cuelgan del lóbulo pesados collares y piedras que llegan a tocar los hombros deformándoles espantosamente aquella parte del cuerpo.

Nadie los vio trabajar jamás. Ni cuando estaban allí los alemanes e ingleses, ni ahora que mandan los negros como ellos. El Gobierno también los respeta. Los campos donde habitan les pertenecen por ley. Son sagrados. Nadie entra en sus dominios. Cuando alguien viola el compromiso, puede ser muerto. No quieren a nadie de otra secta en sus tierras. También es de ellos el ganado, zebús, cabras. Tan temidos son, tan incivilizados, que las autoridades han decidido estas concesiones para que ellos vivan en paz. Y los demás también vivan en paz.

Sangre y leche

Según nuestro dilecto amigo ya fallecido don Pepe Monegal, que ha leído mucho sobre las costumbres de los Massai, éstos, además de alimentarse de maíz toman leche y beben la sangre de animales vivos. Se entiende así que los salvajes cruceen los campos con rebaños de cabras y con un reducido número de zebús. Esto que nos dice el recordado periodista, agregado a los datos que hemos recogido en la selva y hablando con el Padre Morelli, hacen de los Massai una raza extraña, misteriosa, y tal vez una de las pocas que jamás podrán agregarse a nuestra civilización.

Los kikuyos

Los otros negros que vemos —especialmente en Kenya— son trabajadores y formidables labradores de la tierra. Hay enormes campos de maíz, de trigo,

de mandioca, de café, trabajados por ellos. Vemos también grandes poblaciones que pertenecen a los blancos, pero las tierras son trabajadas por negros. Aquí es preciso explicar algo un poco contradictorio: los gobiernos de Tanzania y Kenya están en manos de los negros pero son los blancos los que dirigen los grandes establecimientos como así también los hoteles, bares, lugares de transacciones. Los grandes comercios y la industria la tienen en su totalidad los hindúes. Estos negritos recientemente independientes discuten en sus parlamentos, pero la masa, el pueblo, aún debe ejercitar su poder de readaptación hasta que estén en condiciones de tomar las riendas del país en todas sus manifestaciones.

Pero ya se ve en las zonas agrícolas su amor por el trabajo. Tienen modernos tractores ingleses y norteamericanos. Tienen sus enormes camiones y sus máquinas. Tienen sus cosechadoras. Se arremangan las túnicas y también vuelan en las carreteras en sus motocicletas. Aquí, cruzando las grandes tierras planas, se ve claramente su impulso y su deseo quemante de llegar bien arriba en un porvenir tal vez cercano.

Explicaciones a medianoche

El Gerente de Alitalia en Nairobi nos dio una brillante recepción en una casa de campo que tiene en las afueras de la ciudad. Allí se hallaban algunos miembros del Gobierno. Los interrogamos. Nos dicen que están con Occidente, pero que ellos no están muy animados a volcarse a la derecha o a la izquierda pues lo que realmente les interesa es vivir en paz y progresar. "Quienes nos ayuden más y me-

por serán nuestros mejores amigos", dicen. Están alarmados por la persecución de negros en los Estados Unidos. "No es el pueblo de Estados Unidos el culpable, pero ahí están los hechos que lastiman y que nos hacen meditar mucho".

En todos los lugares de la selva —comercios, bares—, en las ciudades, en otras partes, hemos visto retratos de Nasser con profusión. Preguntamos qué es eso y de qué se trata. Se nos contesta con evasivas.

Tal vez no entendemos mucho el francés. Menos el inglés. Mucho menos el idioma del país. Pero entendemos sí, que Nasser está allí metido hasta muy adentro. Como Nyerere en Tanganyica, como Kenyatta en Kenya, Nasser es un ídolo pues su estampa aparece en los lugares más apartados de estas desoladas zonas que hemos visitado.

Es una realidad: es un hecho. Es una comprobación tangible. Que cada uno saque sus conclusiones.

INDICE

Prólogo de Horacio Ferrer	7
DAVY por GUT	12
Macumba	13
El brujo que hizo historia	16
La batalla del sol	21
Frontera al infierno	24
El fin del día	28
La ruta de los desesperados	32
Giselle	37
La primera nevada	39
La Revolución vuelve de noche	42
El mundo del placer	47
Eternidad de héroes y perros	51

Sinfonía en gris mayor	56
Historia de una pipa	58
La selva en el subte	62
Esto es el Soho	64
Suecia no es Bergman	67
La otra cara de Helsinki	72
La guerra quedó atrás	77
El espectáculo más triste del mundo	79
La ciudad feliz	81
La costa hecha por Dios	85
Roma, noche y día	90
Más cerca del cielo	95
Las campanas de cristal	99
Sahara City	101
El infierno de Gaza	105
Africa, encanto, misterio	113
Dar El Salaam, la ciudad de la paz	117
Nairobi, la bella	122
Amboselli, la selva, el Kilimanjaro	127
El Ngoron-Goro y el león	132
El lago Manyara y los elefantes	137
Un hotel sobre los árboles	143
La tribu Massai	148

OTROS TITULOS PUBLICADOS

Colección "EL BALDIO"

1. Horacio A. Ferrer: *Romancero canyengue*
2. Idea Vilariño: *Treinta poemas*
3. Daniel Vidart: *El tango y su mundo*
4. Nilo J. Suburú: *Primer diccionario del fútbol*
5. Juan Carlos Legido: *El teatro uruguayo*
6. Nilo J. Suburú: *Al fútbol se juega así*
7. MIYO (Carlos Millot): *Va carta stop*
8. DAVY (Dionisio Vera): *Los ríos de tinta*

Colección "NARRADORES"

1. Armonía Somers: *La mujer desnuda*
2. Clara Silva: *La sobreviviente*
3. Enrique Estrázulas y otros: *Diez sobres cerrados*

4. Javier de Viana: *La biblia gaucha*
5. Javier de Viana: *Gaucha*
6. Alejo Carpentier: *Tres relatos*

Colección "TESTIGOS"

1. Carlos María Gutiérrez: *En la Sierra Maestra y otros reportajes*
2. Eduardo Galeano: *Reportajes*

Colección "EL CANDIL"

1. Enrique Méndez Vives: *La gente y las cosas en el Uruguay de 1830*
2. Julio Barreiro: *Las aventuras de Juan Platita*
3. Enrique Méndez Vives: *Artigas y la Patria Grande*
4. Montiel Ballesteros: *El gatito bandido y otros cuentos*

Colección "ENSAYOS"

1. Julio de Santa Ana y otros: *Problemas de la libertad religiosa*
2. Karl Barth: *Comunidad civil y comunidad cristiana*
3. Lya Pintos de Tourn: *Expresión musical infantil*
4. Guillermo Vázquez Franco: *La conquista justificada*

Impreso en forma cooperativa en los talleres
gráficos de la Comunidad del Sur, Canelones 1484,
Montevideo, en el mes de noviembre de 1968.
Edición amparada en el Art. 79 de la ley 13.349.

DIONISIO ALEJANDRO VERA (DAVY)

Nació en Paso de los Toros hace 62 años. Como envejecer es una mala costumbre y él no la ha adquirido, afirma que está aún lejos de ser viejo. Estudió hasta sexto año en la escuela pública. Desde 1921 hasta 1924 estudió agronomía en la Escuela Agrícola Jackson del Manga. Se recibió de Perito Rural y la Federación Rural le otorgó la medalla de oro "al mejor alumno de la promoción". Pese a ello se estableció con una granja en su pueblo y fracasó. Trabajó como empleado de una carnicería y recorrió algunos lejanos caminos como resero. En 1926 fundó en el solar dos periódicos, "El Deporte" y "El Porvenir". Aquel duró un año y éste murió a los dos meses. Se fue a la estación Tres Arboles y obtuvo un puesto de telegrafista. Como jugaba al fútbol y era guardavalla del club Oriental de su pueblo y del seleccionado de Tacuarembó, llegó otra vez a Montevideo para intervenir en el primer Campeonato Nacional de Fútbol de 1928. Un eximio periodista, Carlos Reyes Lerena lo llevó a Nacional donde se fichó como jugador pero nunca actuó en esa institución. Mientras tanto, Reyes lo había empleado en el diario "El País" como corrector de pruebas. Allí se quedó para siempre. Recorrió todas las secciones del diario y llegó a la Secretaría de Redacción. Visitó, siempre en misión periodística, muchos países de América, toda Europa, parte de Asia y Africa. Este es su segundo libro. Hace años escribió "La vida de Pedro Petrone" libro que se agotó rápidamente.